

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 42 - Febrero de 2013 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Correos desde Afganistán

6

Un olor inédito

8

La librería Palinuro de Medellín cumple 10 años

10

La copa de Borges

11

Operación Harley

16

La conexión holandesa

18

Trama y urdimbre

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

– David E. Guzmán

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

COORDINACIÓN COMERCIAL

– Ana María Duque

DISTRIBUCIÓN

– Érika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Paca y equipo UC

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

PRACTICANTE

– María Laura Idárraga Alzate

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

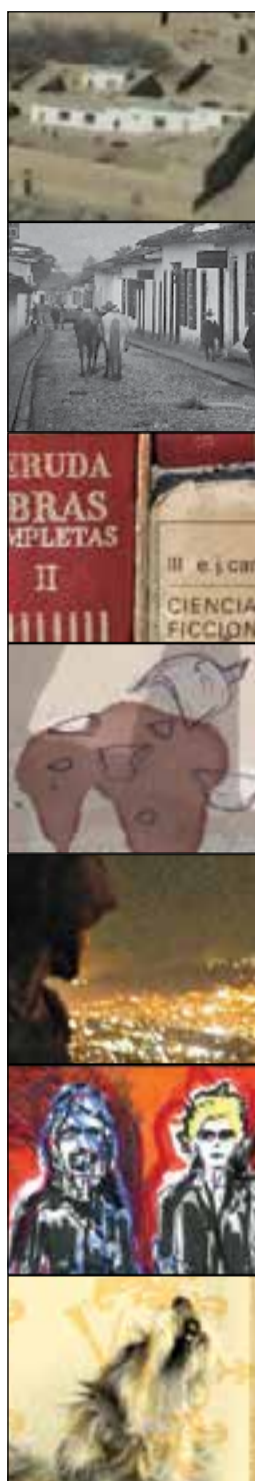
Número 42 - Febrero 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA



MISTERIOS DEL VATICANO

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Verónica Velásquez

La casa tumbada



En cualquier conferencia acerca de la memoria urbana de Medellín se escucha la quejumbra sobre la pérdida de las joyas arquitectónicas. Lágrimas caen sobre las postales en sepia del nunca bien llorado Teatro Junín o sobre los fastos del Hotel Europa donde alcanzó a alojarse hasta el 'Zorzal Criollo', Carlitos Gardel. Y podríamos seguir con los vitrales del Palacio Arzobispal... Solo que de nada sirve escurrir los paños de lágrimas, que también fueron reemplazados por los clínes.

Quizás esa visión lastimera de la memoria de la ciudad ha sido la que ha minimizado el valor de su patrimonio. La excusa ya ni siquiera es la modernización que arrasó con buena parte de esos tesoros, sino la avidez de los urbanizadores que ven en cada casa vieja un lote baldío para erigir otro armatoste residencial, el motel Ensueño o el Mall Botero Plaza.

En vista de que no tenemos propuestas innovadoras, intentaremos nuestro llanto. No contentos con volver el centro histórico –o sea el Parque Berrío– un arrume de cascotes para las carretas de escombros, ya han demolido las casas de Tomás Carrasquilla, León de Greiff, Carlos Vieco y próximamente la de un presidente, Carlos E. Restrepo, en la que piensa fundarse un inquilinato, según informa el cuidadero de la entrada.

En esa casa de Prado Centro el filósofo Fernando Gonzalez le hacía visita de ventana a la hija de Carlos E., Margarita Restrepo, como consta en sus escritos, a los que habrá que volver una vez tumben todo y hagan los parqueaderos, para seguir con el axioma de Tola y Maruja: "El que no conoce la Historia está condenado a leerla".

Alegrémonos porque vamos a ser testigos de toda esta liquidación. Se está rematando todo el pasado a precio de huevo. El patrimonio está de feria como todos los usados, hasta agotar existencias...

Se lo están tomando como en el cuento de Cortázar: Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse.

Ahora, al revivir el tranvía enterrado afloró un túnel emparentado con la Catedral. O con el Vásquez y el Carré. Unas acequias amplias de ladrillo pueden servir para reemplazar lo que estuvo en pie. ¿Valdrá la pena conservar el alcantarillado? Hemos sido tan exagerados con la almadana que valdría la pena guardar cualquier piedra. Montar algunos escombros sobre un pedestal. ☹



Casa de Tomás Carrasquilla en 1940



Hoy Hotel Lugano

Más pronto que tarde aparecerá la edición millonaria del libro, escrito por un periodista inglés necesitado de dinero y de notoriedad, sobre los motivos que llevaron al papa Ratzinger a renunciar al trono de San Pedro. Allí se nos dirá que fue a causa de las amenazas del cardenal Bertoni, aupado por la mafia siciliana; que fue llevado a tomar la decisión inesperada por un combo de banqueros, socios del Banco Vaticano en una productora de películas pornográficas con niños; o a causa de un desfalco hecho a sus espaldas por uno de sus secretarios en la tesorería de una red de prostíbulos regentados por jorobados en Rumania. Y podrá ser cierto. Pero también podrá no serlo.

El Papa estaba muy cansado, tanto como se le veía en la cara y en el paso vacilante, porque los rottweiler de Dios –así se le llamó al principio de su principado, El rottweiler de Dios–, también se cansan. Y porque no estaba dispuesto a darle al mundo el espectáculo más triste que sagrado del Papa anterior, muertovivo, llevando su santo cuerpo lleno de secretos malsanos con dificultad, deformado por el peso de las penurias físicas y los remordimientos. Porque los papas, por más que sean inspirados por el Espíritu Santo, también han de sufrir remordimientos como todos nosotros. Sobre todo cuando dirigen una organización milenaria plagada de porquerías desde el comienzo, con la herencia de todas las lacras de los seres humanos que no podemos ser mejores de lo que Dios nos hizo a partir de una bola vil de barro sacada de una orilla podrida de los ríos que forman la Mesopotamia, donde dicen que estuvo el Paraíso.

Yo creo que el Papa se apartó por cansancio. Aunque no haya sido solo por el cansancio de los huesos y los músculos que aquejan la proccidad de la vejez, sino también por la fatiga espiritual, como él mismo confesó en el discurso de abjuración, rendido de lidiar con las corruptelas de los cardenales, los obispos y la multitud de los párrocos, unidas a las innumerables que aquejan a los fieles del rebaño de Cristo en todas partes, a los de la Santa Mafia, que es el otro nombre del Opus Dei, tanto como a los simples de pata al suelo.

"Guías ciegos, coláis el mosquito pero tragáis el camello", clamaban los profetas en tiempos de Jesús. Y es inevitable recordarlo otra vez al repasar la historia del papado desde los tiempos del papa Esteban que hizo exhumar a su antecesor Formoso para acusarlo de usurpador y cortar los tres dedos que usaba para bendecir, pero que murió estrangulado un año después. Y desde Juan X que también murió estrangulado. Y Juan XII que hizo arrancar la mano derecha a uno de dos curas adversarios suyos y al otro la lengua y la nariz. Y desde Gelasio II que huyó de Roma a Gaeta protestando: "salgamos de Sodoma...".

La lista de los papas conflictivos es larga. No se pueden achacar a la pobre modernidad problemática los vicios de Roma hoy. Ya un dulce de brevas



envenenó a Benedicto XI. En los umbrales de la modernidad la sede de la iglesia de Cristo ya era famosa por las miserias que albergaba su seno. Un papa ejemplar fue Alejandro VI, perteneciente a la ardiente casta española de los Borgia, una familia tan unida como ya no se ven, en la cual los tíos compartían sus lechos con sus sobrinas y los hermanos con sus hermanas en una confraternidad que superaba con creces el ágape que a partir de Platón practicaron los primeros cristianos.

Ese Alejandro fue el primero en proclamar la idea de la inmaculada concepción de María, vaya uno a saber por qué compensación de su lujuria, de la Inmaculada convertida en dogma siglos más tarde. Y fue en su época cuando en el papado aparecieron las inclinaciones a la piromanía que infestó de hogueras a Europa, para que miles de protestantes, lectores de la Biblia, librepensadores y yerbateros, acabaran abrasados, a veces en presencia de sus pequeños hijos. Porque como dijo un inquisidor de nota, era bueno que los hijos asistieran al sacrificio de sus padres para que crecieran en el santo temor de Dios.

Clemente XIV suprimió la compañía de Jesús en 1773 y temiendo que los hijos de Loyola lo envenenaran se dedicó a comer huevos pasados por agua que él mismo se hacía, y que acabaron matándolo por consunción. Un Pio entre los Pios píos condenó la libertad de prensa, de modo que en sus tiempos este artículo nunca hubiera podido ver la luz. Pio Nono no tuvo par pues con él fueron confinados los papas al Vaticano para

ceder sus habitaciones en el Quirinal al rey Víctor Manuel, que a su vez debió dejarlas a los presidentes de la república. Pio X condenó la separación de la iglesia y el Estado. Pio XI solía decir que cuando obraba como papa le dejaba la responsabilidad al Espíritu Santo. Pio XII, un políglota famoso, proclamó el dogma de la Asunción de María. Y Juan XXIII se declaró prisionero del Vaticano, el Papa Bueno, el que avaló las teologías de la liberación que acabaron por llevar a muchos curas rasos a las guerrillas. Y de Juan Pablo I, uno de los papas más efímeros en los tiempos modernos, se sospecha fue envenenado. Juan Pablo II, que dejó fama de justo, encubrió con su silencio a los curas rijosos, a los pederastas incorregibles como el famoso padre Maciel, que además llenó de hijos a sus parroquianas y dicen que se comportaba con estos como cualquier Borgia.

Lo misterioso para mí, lo que me habla de la misión sagrada de la Iglesia y de su probable origen divino, es que una organización tan corrompida haya podido sobrevivir dos mil años y haya influido de un modo tan poderoso en la sociedad por tanto tiempo. Asombra que el Papa en un mundo pecador y escéptico aún convoque multitudes como un cantante de rock. Se comprende que Mick Jagger llene los estadios, pues brinca, aúlla y llama a la felicidad del desorden. Pero que un anciano masculando una lengua inteligible, quien además nos reprocha nuestros besos privados, condena el humilde condón y nos conmina a cuidar de los pobres tan engorrosos e inacabables

aunque él mismo no lo haga, fascine al mismo tiempo las masas, tiene que deberse a alguna razón misteriosa.

Habiendo sido educado en un seminario de lo más ortodoxo y habiendo albergado el secreto deseo de acceder al trono de Pedro, yo mismo me siento ofendido con las diatribas que algunos usan para desacreditar el papado. Incluso con algunas que usé en los renglones anteriores. Las grandes ideas no consiguen ser rebajadas por las miserias de los hombres encargados de guardarlas y transmitir las. Las ofensas que los fernandos vallejos, católicos resentidos a veces, los ateístas militantes del materialismo y los luteranos que llegan a confundir la puta de Babilonia del simbolismo arcaico con el Vaticano, son solo frutos de la incomprensión y la mala información histórica. El catolicismo también aportó a la civilización una ética, un misticismo admirable, el heroísmo del monacato, la música de Palestrina y Bach, las obras más poderosas de Miguel Ángel y un largo etcétera de dones que quizás equilibran lo demás, entre los cuales vale contar el pionero que inspiró el papa del mismo nombre y el vino Mariani a base de coca y opiáceos que conseguía mantener despierto a León XIII que se dormía parado.

Todas las cosas humanas conllevan la desgracia fatal de una sombra. La figura inolvidable del penúltimo Papa, agobiado por las enfermedades y el peso del secretismo sobre las lacras del clero, me inspiran más compasión que repudio. Siempre será bueno recordar, antes de condenar al prójimo, aquello de que quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Y tener en cuenta lo que se sabe: que quien señala a su vecino apunta al mismo tiempo tres dedos hacia sí mismo.

Ahora con la renuncia inesperada del Papa alemán solo queda aguardar el resultado del próximo cónclave, perdonándole que haya destituido a los pobres burros de la tradición del pesebre, y hacer cábalas sobre el nombre de quién lo reemplazará al frente de esa organización larvada de tristezas y pecados grandes y pequeños y brillantes grandezas. ¿Será un chino que ponga el Vaticano del lado del nuevo imperio amarillo; un negro africano que compense los sufrimientos de su raza en nombre del Señor; o para darle la razón al profético San Malaquías, un Pedro, Pedro Romano que podría ser Bertoni, según el vaticino del irlandés, antes de que la iglesia sea abatida, los musulmanes ocupen Roma con sus huestes fanáticas y se realice la segunda venida de Cristo entre centellas y juicios y desarreglos sinfónicos en el orden de la naturaleza, según pronostica el Apocalipsis? Escenografía esa que hace de San Juan un adelantado de la imaginación estilo Disney.

Todo puede ser. Por lo pronto un rayo golpeó la cúpula del Vaticano el día de la renuncia de Ratzinger, un aerolito la Rusia exsoviética, y un asteroide se aleja de nosotros ahora para volver, siguiendo los ciclos eternos de los acontecimientos estelares, que son en últimas la representación externa de nuestros vicios, eternos también. ☹

Un olor inédito

por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Casa de Gobierno de Medellín, construida por Mariano Ospina Rodríguez. Fotografía de Melitón Rodríguez.



La calle es empedrada, no muy ancha, y da la impresión de que a esa hora, las siete o las ocho de la mañana, los negocios empiezan a abrir sus puertas. Uno que otro transeúnte madrugador va, otro viene; algunos, quizá empleados, o gente sin oficio, están parados en las puertas de los negocios a la espera de que algo ocurra: una pelea de perros, una caída, en fin, algo que rompa la monotonía de ese día. No sé si es la sensación que me producen las fotografías en blanco y negro, pero parece un día frío. Todos, excepto el señor sentado en un banco en plena calle, como para no estorbar a los transeúntes que van por la acera, llevan ruanas. Al fondo se distingue la cúpula de una iglesia. Las casas, excepto la del primer plano y la de enfrente, de la que apenas se ve el alero, son de un solo piso, de bareque. Una de las casas muestra una tablilla con un nombre: Benjamín Palacio, Abogado. En la casa del primer plano se puede leer, en letras pegadas a la pared, encima de una de las puertas, la palabra ADMINISTRACIÓN. Desde allí se gobernó durante muchos años el departamento de Antioquia hasta que en 1925 fue demolida y en su lugar se construyó el Palacio Departamental.

Las calles de una ciudad son como las integrantes de esas familias numerosas que conocimos de pequeñas, en la adolescencia y la primera juventud, y después, en uno de esos recodos difíciles de la vida, las encontramos, bastante trajinadas por el trasnocho y la displición, convertidas en piltrafas humanas. Nos cuesta reconocer, en la puta que se pasea por la acera, de piernas varicosas y labios obscenos, a la niña que en otro tiempo nos turbó con su inocencia. Esta calle, con nombre de batalla ganada por un ejército de menesterosos, fue, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, sitio de encuentro de tinterillos, lagartos, lame culos del poder y de cuanto personaje procaz había en la ciudad y en los muchos municipios del departamento. Allí se encontraban los politiqueros de Turbo, de Cisneros, de Yarumal... gentes que en sus pueblos eran importantes y aquí unos pobres diablos que buscaban, obsecuentes, el saludo de un duro de la política: William Jaramillo, Bernardo Guerra, y otros, pertenecientes a los eternos partidos que desde la llamada independencia pescan billetes en el río Erario.

A comienzos de siglo Medellín era una ciudad apacible, con casas de bareque heredadas de La Colonia, como se puede apreciar en la fotografía. La torre de la iglesia que se distingue al fondo, más allá de Tenerife, es, sin lugar a dudas, la de la iglesia San Benito. No es una calle donde abunde el comercio y, por consiguiente, es poco transitada; o quizá es domingo en esa fotografía y la gente está recogida en sus casas, o en las iglesias, como buena cristiana. Todavía no existe la elegante arquitectura republicana que se alzó años después en el parque Berrío y en la calle Colombia, la quebrada La Playa pasa, descubierta, a pocos metros de donde fue tomada la foto.

Sabemos que es la calle Calibío porque a un lado de la foto está el nombre y la fecha en que fue tomada. Atravieso el pasaje comercial entre Junín y Palacé, camino

por la acera del edificio de la Compañía Naviera de Antioquia, símbolo de la pujanza antioqueña, y siento la primera tufarada del día. Es como una trompada en la mandíbula, un insulto: excremento humano mezclado con orines, marihuana y perfume de mujer. Me paro en la esquina donde Melitón Rodríguez tomó la foto una mañana de 1900. Todo es distinto. La casa del primer plano es ahora el Palacio de la Cultura, un edificio que desentona como esos comentarios que quieren ser interesantes en una conversación que no lo es. La torre de la iglesia San Benito, al fondo, parece ser lo único que quedó de esta calle. Hay peluquerías, hombres que anuncian desayunos a tres mil y almuerzos a seis mil, y un suave, casi imperceptible, olor a mierda humana, más intenso a medida que te aproximas a Carabobo, donde están las obras de Botero. Las putas están sentadas en las bancas, o paradas al lado de las esculturas, casi tan gordas como ellas. Aquí se negocia desde un celular robado hasta una mamada, la mujer pide veinte y el hombre ofrece ocho para que quede en diez.

A Carabobo medio la salvaron, pero también se le nota el trajín. Miro hacia La Alpujarra, intentando distinguir la torre del Palacio Nacional que Fernando González, en *El hermafrodita dormido*, un libro sobre Roma, dice que se parece a la Torre de Pisa, pero desde donde estoy no se alcanza a distinguir. Al frente de la iglesia de La Veracruz florecen las putas, como en aquel templo de Babilonia consagrado a la diosa Ishtar, donde las sacerdotisas, jóvenes y vírgenes se entregaban al extranjero a cambio de dinero. Salgo de la zona peatonal, esquivo una moto, un taxi, una carreta y llego ileso a la acera de enfrente, donde hay un bar especializado en música de despecho. La calle Cundinamarca es más fea que Calibío. Las hijas de Ishtar, pasadas de peso, lucen faldas diminutas por encima del pubis a la entrada de las residencias, casas que posiblemente no existían en la época en que Melitón Rodríguez congeló para siempre un instante en la vida de Medellín, casas que vivieron mejores momentos pero que ahora, mohosas, convertidas en antros, son el sitio de los necesitados de un polvo.

No hay árboles en la mayoría de las calles del Centro; estos aparecerán cuando la naturaleza sea una nostalgia. En la ciudad colonial el bosque está al acecho como un depredador, esperando el momento para saltar sobre su presa; es más, en el bosque habitan criaturas malignas que se meten en el sueño de las personas. A finales del siglo XIX y comienzos del XX las calles, las casas, los vastos espacios de la mente, son los mismos espacios de la ciudad colonial. La llegada de la luz eléctrica a nuestras ciudades espanta al bosque, lo rodea. El bosque no tiene a donde ir.

En los años veinte y treinta del siglo XX, Medellín vivió su gloria arquitectónica, efímera, como la de los boxeadores. Hoy, todas las calles de lo que pudo ser el centro histórico de la ciudad se parecen a Calibío: feas, mohosas, con ese olor inédito en el que se mezclan la mierda humana, los orines y el perfume de mujer; un olor que desde hace décadas reclama la pluma de un poeta maldito que lo cante. ☹



Ebrio caminé por el bosque hasta llegar al riachuelo
Llené el cuenco de agua
se salieron todas las estrellas.

Gustavo Adolfo Garcés

Porque el futuro es confiar



www.confiar.coop

ACTÚA

Plan de acción 2012 - 2015

Por la Administración Integral del Patrimonio Ambiental



CORANTIOQUIA
www.corantioquia.gov.co



La librería Palinuro de Medellín cumple 10 años

Con una nómina de lujo

por GUILLERMO CARDONA MARÍN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

La librería Palinuro de Medellín la sostienen, en franca camaradería con los socios, nada menos que Nietzsche, Kafka, Fernando González, García Márquez, Estanislao Zuleta y clásicos de la talla de Balzac, Tolstói, Dickens, Dostoievski, Stefan Zweig, Papini, Wilde y Chesterton, según cuenta con orgullo Luis Alberto Arango, escritor, librero, socio administrador, mensajero y gerente de esta singular y diminuta librería que el 6 de febrero pasado celebró una década de puertas abiertas en su sede de Córdoba, entre Perú y Caracas, a cuadra y media de Bellas Artes y casi al frente de lo que fuera la entrada de las bestias del desaparecido Circo España.

Pero sigamos con los grandes benefactores de esta quijotada, que por la familiaridad con la que se refiere a ellos el librero es como si figuraran en la nómina. Dice Luis Alberto que la registradora de Palinuro la mueven Miguel de Cervantes y William Shakespeare, con la estrecha colaboración de infaltables de la literatura colombiana como Jorge Isaacs (María), José Eustasio Rivera (La vorágine) y Juan Rodríguez Freyre (El Carnero).

Viene mucho estudiante, dice, buscando esos libros que les piden en los colegios. Y agrega mirando al cielo: "ojalá se los lean".

Los Miserables

Gustan tanto ciertos autores que hay *escaperos* especializados en ediciones antiguas. Se los empaican en fajitas alrededor del estómago, tan apretadas que nadie lo nota, así se trate de libros gruesos y de tapa dura; y aunque en diez años francamente no es mucho lo que se ha perdido por ese hueco, Luis Alberto recuerda el caso de las *Obras completas* de Shakespeare, una edición de Aguilar avaluada en 200 mil pesos,

que se le robaron en un descuido en la Fiesta del Libro de 2011.

El que más le duele es el perpetrado por un bisojo (como Sartre, dice) que se dio sus mañas para ganarse la confianza del librero y vino en sucesivas ocasiones, enamorado de cuatro tomos que recopilaban la dramaturgia de Oscar Wilde: "voy a ahorrar pa compra esos libritos", le dijo a Luis Alberto, quien lo animó en ese noble propósito. Pero a la tercera ocasión, llegó diciendo que necesitaba unos libros de historia para su hijo, subió al desván donde estaban guardados los tesoros de Wilde, y estuvo un buen rato rebusando y hablando por celular. Finalmente dejó un paquete con Luis Alberto, con el propósito de que el hijo lo recogiera más tarde, pero el tal hijo nunca apareció y cuando el librero subió a revisar notó el hueco en el "escenario".

El muy descarado, dice, fue capaz de regresar unos meses después, quizá confiando en que no lo recordara, pero le tocó salir casi corriendo.

—¿Cómo te fue con Oscar Wilde? ¿Todavía te está tallando? —alcanzó a gritarle al rufián de manos sucias.

Libros en consignación

"Lo que usted poco encuentra aquí es lo que abunda en muchas librerías de nuevo, y lo digo con todo respeto", sentencia Luis Alberto. En Palinuro casi todos los títulos se compran en firme, mientras las librerías de nuevo reciben los libros de las editoriales en consignación, y si no se venden pues sencillamente los devuelven. En Palinuro los libros se quedan, de manera que hay que escoger muy bien el surtido.

Y tiene razón Luis Alberto. Los que en la vitrina de las librerías de grandes superficies aparecen bajo el rótulo de Novedades son en su gran mayoría estrellas fugaces cuyo propósito es conquistar

los primeros lugares del mercado. Y ahí hay de todo. Desde esos libros que, dicen, no deben faltarlos en la mesa de noche pero en cuestión de meses nadie recuerda, hasta otros recién horneados por excelentes escritores y pensadores contemporáneos de Colombia y el mundo.

En Palinuro, en cambio, está lo que se va decantando con los años, esos libros que han resistido miles de lecturas y que siguen rompiendo las barreras de la geografía, el tiempo y los idiomas.

Eso no impide que autores colombianos contemporáneos, como Germán Castro Caycedo, Daniel Samper Pizano, Laura Restrepo y Héctor Abad Faciolince, socio y colaborador por partida doble, contribuyan con sus obras a mantener a flote la librería.

Los que se van volando

Tampoco se quedan en los estantes los libros de la Grecia Antigua, y dar con un buen ejemplar de *La Ilíada* o de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides es casi imposible.

Las buenas ediciones de literatura y filosofía griegas son libros de los que nadie se desprende, y cuando llega una buena edición de Gredos, por ejemplo, se vende casi de inmediato, como ocurrió con una edición bilingüe de la *Ilíada* y la *Odisea* de los años cincuenta, en alemán y griego, con la que creyeron que se iban a encantar pero que pronto encontró dueño.



Cómo llegan los libros

Antes nos ofrecían bibliotecas de personas que cultivaron el hábito de la lectura toda la vida, un hábito que en la familia nadie les heredó. Pero hace tiempo que no recibimos propuestas para comprar la biblioteca de alguien que falleció, porque nosotros no compramos bibliotecas al bulto. Siempre seleccionamos, y muy bien. Y así sean joyas, no recibimos libros mutilados o en mal estado. Ni un solo libro pirata. O robado de una biblioteca. Y como lo que buscan los herederos es deshacerse rápidamente de unas cajas y sacar algo de billete, es más fácil para ellos negociar con un mayorista.

Últimamente son más los casos de personas que se van a vivir a otro país y no pueden llevarse todos sus libros. Y unos cuantos que cuando los hijos crecen y se van, o se disuelve el matrimonio, resuelven trastearse a un apartamento más pequeño y sienten que en Palinuro esos libros van a quedar en buenas manos. Es justamente en esas bibliotecas, armadas a punta de ahorros, interminables búsquedas y años de paciencia, donde encontramos lo que nosotros llamamos lo *pulpito*.

En alguna ocasión adquirimos la biblioteca de un señor que viajaba para España. No había un libro malo. Entre otras cosas, tenía completa la colección de la *Biblioteca personal* de Jorge Luis Borges, editada por *Hyspamérica*. Pero son libros que rapidito salen del inventario.

La autopista sur

Borges y Cortázar son otros de los grandes contribuyentes a la buena deriva de Palinuro. Por ejemplo, una primera edición de *La metamorfosis*, con tra-

ducción de don Jorge Luis para la colección *Pajarita de papel* de la editorial Lozada, año 1938. Dado que el precio promedio de un libro en Palinuro está entre los 15 y los 25 mil pesos, decidieron venderlo a treinta mil. No duró una semana. Unos meses después, mirando un catálogo de la librería *Lame Duck Books* ("used and rare books, manuscripts, photographs, art and related materials") de Cambridge, encontraron el mismo libro avaluado en mil quinientos dólares. Luis Alberto no tiene ni idea de a quién se lo vendió, para al menos poder avisarle que vale cien veces más de lo que pagó por él.

Libros leídos

Como han dicho hasta el cansancio Luis Alberto y sus socios Elkin Obregón, Héctor Abad Faciolince y Sergio Valencia, Palinuro no es una librería de viejo. Es de libros leídos.

De libros leídos que se siguen leyendo. Seguimos leyendo a Freud, Lacan, Galeano, Mejía Vallejo, Caicedo, Germán Arciniegas, Mario Escobar, Germán Espinosa, Carrasquilla, De Greiff y Efe Gómez.

También se lee historia. Los textos sobre personajes como Bolívar, Santander, Jiménez de Quesada o Jorge Eliécer Gaitán, son de los más apetecidos por investigadores y profanos.

Y los que no...

Y lo que no se está leyendo y no se mueve, simplemente no se adquiere.

"En esa categoría tenemos toda la literatura marxista", dice Luis Alberto.

El asunto me deja pensando. No recuerdo si la frase es de Brecht o de quién, pero decía algo así como que no todos los intelectuales tienen que ser marxistas, pero para ser marxista es indispensable ser un intelectual. Yo parafrasearía el asunto diciendo que para ser un intelectual es obligatorio leer a Marx. De manera que, o ya no quedan marxistas en la ciudad, o no tenemos muchos intelectuales, pues nadie parece interesarse por los textos del viejo Karl, uno de los pensadores más originales de la humanidad, nada menos que el fundador de la economía política. Conozco librerías de viejo de

varias ciudades de Colombia y otros países latinoamericanos donde Marx circula y se vende permanentemente, y en Buenos Aires y México incluso se reedita. "Tampoco se mueven los libros de Álvaro Mutis, quién lo creyera", dice Luis Alberto.

Entre el poder y la gloria

Textos nadaístas, y con mayor razón si son de Gonzalo Arango (que nadie volvió a editar), llegan pocos y se van volando. Son libros de culto. "El día que usted vea por ahí *Obra negra*, agárrelo. Es una joya. O si ve alguna edición vieja de *Opio en las nubes* o de *Siempre es saludable perder sangre* de Rafael Chaparro Madieto, hágale. Los podemos negociar aquí mismo en Palinuro".

Y hay algunos autores de los que nadie se desprende.

A Palinuro rara vez han llegado libros de Pessoa o de Whitman, dice Luis Alberto. Un poquito más, pero no mucho, de Hölderlin o Baudelaire. Otro que poco circula es De Quincey.

Los de abajo

Para terminar este repaso por la selecta nómina de Palinuro toca también referirse a esos libros que no mueven la registradora. Esculcando los anaqueles, Luis Alberto logra dar con los únicos autores que han permanecido en la librería desde que arrancó, casi que en el mismo puesto, sin aportar ni siquiera para pagarse el bodegaje.

En esa categoría están los seis tomos facsimilares del *Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, de Manuel del Socorro Rodríguez, y *Posición y doctrina*, del ex presidente y político venezolano Rómulo Betancourt. Pero el que definitivamente se roba mi atención es *Obras escogidas de Don Bartolomé José Gallardo*, publicado por la Nueva Biblioteca de Autores Españoles en una colección de nombre premonitorio: *Los clásicos olvidados*.

Peró hasta estos últimos son libros queridos en Palinuro y a nadie se le ocurriría la mala idea de picarlos y abandonarlos en la banda de reciclaje. Y ahí se quedarán, como libros leídos, a la espera de un próximo lector.



Entre las páginas de un libro

Por eso de comerciar con libros leídos, en Palinuro es un ritual de obligatorio cumplimiento, antes de comprar, mirar libro por libro y descartar aquellos a los que les faltan páginas o tienen hongos, y rechazar los robados de las bibliotecas y los piratas. Y si bien se revisa uno por uno y por lo general lo que se encuentra entre sus páginas se le devuelve al anterior dueño del libro, llegan y se pasan muchos detalles.

Así las cosas, en diez años de estar consiguiendo libros, en Palinuro guardan esos papellitos con los que el último lector señaló la página en la que andaba, y así han encontrado billetes viejos, fotografías, cartas en distintos idiomas, el menú de algún restaurante en Bangkok, mensajes urgentes sobre alguien que muere en la clínica León XIII, promociones, postales de París, Roma y Kuala Lumpur, recordatorios de una primera comunión que se celebró en la iglesia Epiphany de Miami en 1973, artículos de prensa, recetas de cocina, una nota de la federación sionista de Colombia preguntando por algún alumno en Israel, contraseñas de teatro, una calcomanía vieja de la U. de A., poemas de procedencia y autor desconocidos, y notas con mala ortografía como una que dice con letra grande e irregular, en minúscula sostenida:

yo le pege una pala con los ramales a carlina

¿En quién o en qué pensaba el que dejó esa nota como separador? ¿Qué estaría leyendo? Ya nadie lo sabe.

Detrás de cada esquila, de cada recorte de prensa, hay una historia que se pierde entre el polvo de los anaqueles y el tiempo que todo lo sepulta en el olvido.

¿Qué hacían en los Laboratorios Garco de Medellín, que sacó un volante asegurando que por motivos de la Guerra Europea "nos vemos obligados a prescindir de la tapa de aluminio por algún tiempo"? ¿Ollas? ¿Cafeteras?



¿Cómo termina un libro en Medellín con la tarjeta personal de Otto W. Kalb, 2 Hamburg 13 Pöseldorfer Weg 23 – Telefon (0411) 44 80 65? Y ofreciendo un libro con los mejores Limericks*, justamente cuando con motivo de sus diez años, Ricardo Bada, Héctor Abad Faciolince y Sergio Valencia, ya tienen escritos 126 Limericks, uno por cada municipio de Antioquia, que dentro de poco estará en circulación.



Fotografías que en otro momento hubiesen sido comprometedoras, notas de urgencia que no sabemos si alcanzaron a salvar a alguien, frases de amor de unos novios que hoy ni se acuerdan o que fallecieron después de una vida larga y feliz. Quién sabe. Hay adioses y no me olvides de romances ignorados, cuyos detalles se pierden en la memoria, porque es muy distinto si esa carta de amor escrita en inglés estaba entre *Las cuitas del joven Werther* de Goethe o entre las piernas de *Justine* del Marqués de Sade. Rupturas que se hubieran podido evitar, negocios que hubiesen dado buenos réditos, hasta esos poemas inéditos todavía no leídos, en fin, el recuento de tan innumerables historias que se han tejido entre los libros que llegan a Palinuro, caben en una bolsa de manila tamaño carta.

*El Limerick es una fórmula lírica que surge en Irlanda en el siglo XVIII pero que se ha hecho popular en todo el mundo. Consta de cinco versos de arte menor, con el siguiente esquema de rimas: a-a-b-b-a. El tono es, generalmente, ligero y humorístico. Casi nunca tienen sentido, es indispensable que se soslaye un contenido erótico y exige el uso de un topónimo, es decir, debe tener referencia a un lugar. Un ejemplo:

Varado en carretera por Dabeiba
Busqué para orinar frondosa ceiba
Dios mío qué portentoso
Dijo desde otro asiento
Una monja que iba para Neiva

La copa de Borges

por DORA LUZ ECHEVERRÍA RAMÍREZ

Ilustración: Elizabeth Builes



Venia de Cartagena. El olor del mar enmurrado, el viento encajonado en los callejones, aún no lo habían abandonado. Hablaba del sonido del mar dentro de la ciudad, como preso, eso dijo. Hablaba de los pregones de las mulatas en las esquinas, de una Cartagena mítica donde el olor del sudor se mezclaba con el de las piñas y las papayas maduras. ¿Cómo podía saber de los balcones que describía, de las murellas? ¿Había adivinado acaso los colores de los muros?

Borges había venido, como otros escritores latinoamericanos —entre ellos Sabato y Rulfo—, convocado por la Universidad de Antioquia y la Biblioteca Pública Piloto, a decir sus cosas. Una semana antes había asistido a algún evento similar en Bogotá. El frío bogotano le hizo recordar una ciudad de fábula y pidió que antes de viajar a Medellín lo llevaran a ver a Cartagena; así dijo, nos contaron luego: “ver” a Cartagena.

De paso para el aeropuerto Borges hizo parar el carro en una farmacia para despedirse de Enrique Sánchez, un boticario fanático de su obra; y el mejor conversador del mundo según Manuel Mejía. Enrique contaba después que cuando vio a Borges entrando a su farmacia pensó que se había muerto y que Diosito por fin lo premiaba con poder conocerlo. Pero no: iba a que le aplicara unas inyecciones y, encantado con la conversación del boticario, siguió yendo todas las mañanas durante su estadía en Bogotá. Enrique, sin decirle que sabía quién era,

lo sentaba en un banquito a esperar, y Borges, socarrón y felizmente anónimo, le preguntaba detalles que él exageraba cada vez hasta terminar en una epopeya imaginaria que ya ninguno creía. Pasó pues por la farmacia, se despidió de su contador de historias explicándole que ya no aguantaba esa ciudad tan fría y tan gris, así dijo, tan gris, y que iría a Cartagena antes de viajar a Medellín.

—¿A Medellín? —preguntó Enrique—. En Medellín vive uno de mis mejores amigos, búsquelo, se llama Manuel Mejía Vallejo.

Eso nos contó Borges en la comida que le ofrecieron después de su presentación en el Paraninfo de la Universidad, totalmente lleno, y llenos también los corredores y el patio interior, con estudiantes y curiosos varios hasta en la Plazuela de San Ignacio.

Por pura casualidad, aunque la casualidad no exista, en la comida yo resulté sentada a la izquierda de Borges, y María Kodama, que no lo desamparaba, a su derecha. Entonces comencé a hablar de Cartagena. Al conversar, Borges giraba la cabeza como si pudiera ver a su interlocutor. Pero luego miraba al cielo, a la nada, o a quien fuera que le dictara sus palabras, perfectas, precisas. Después hacía silencio, como escuchando un eco, y luego, entre el murmullo general, escogía las palabras de alguno, no necesariamente el más cercano, y le preguntaba a María Kodama sobre cosas que solo él había oído. Hubo un momento en el que oyó una voz: era Manuel, contando la misma historia de

Enrique Sánchez. Borges lo supo, “el amigo del boticario tiene que ser”, y pidió que lo sentaran al frente. El resto de la noche fue una conversación de guapos argentinos y guapos paisas, de milongas y esquinas rosadas.

Cuando por fin se acabó la noche, la copa de vino rojo de Borges estaba a medio llenar. Sin pena alguna, Manuel, fetichero a morir, cogió la copa y me la entregó; salimos caminando, copa en mano, y cuando llegamos con otros amigos a la casa la entronizamos en una repisita donde nos acompañó muchas noches, muchas. “¡Salud, Borges!”.

Hasta la noche de la requisita

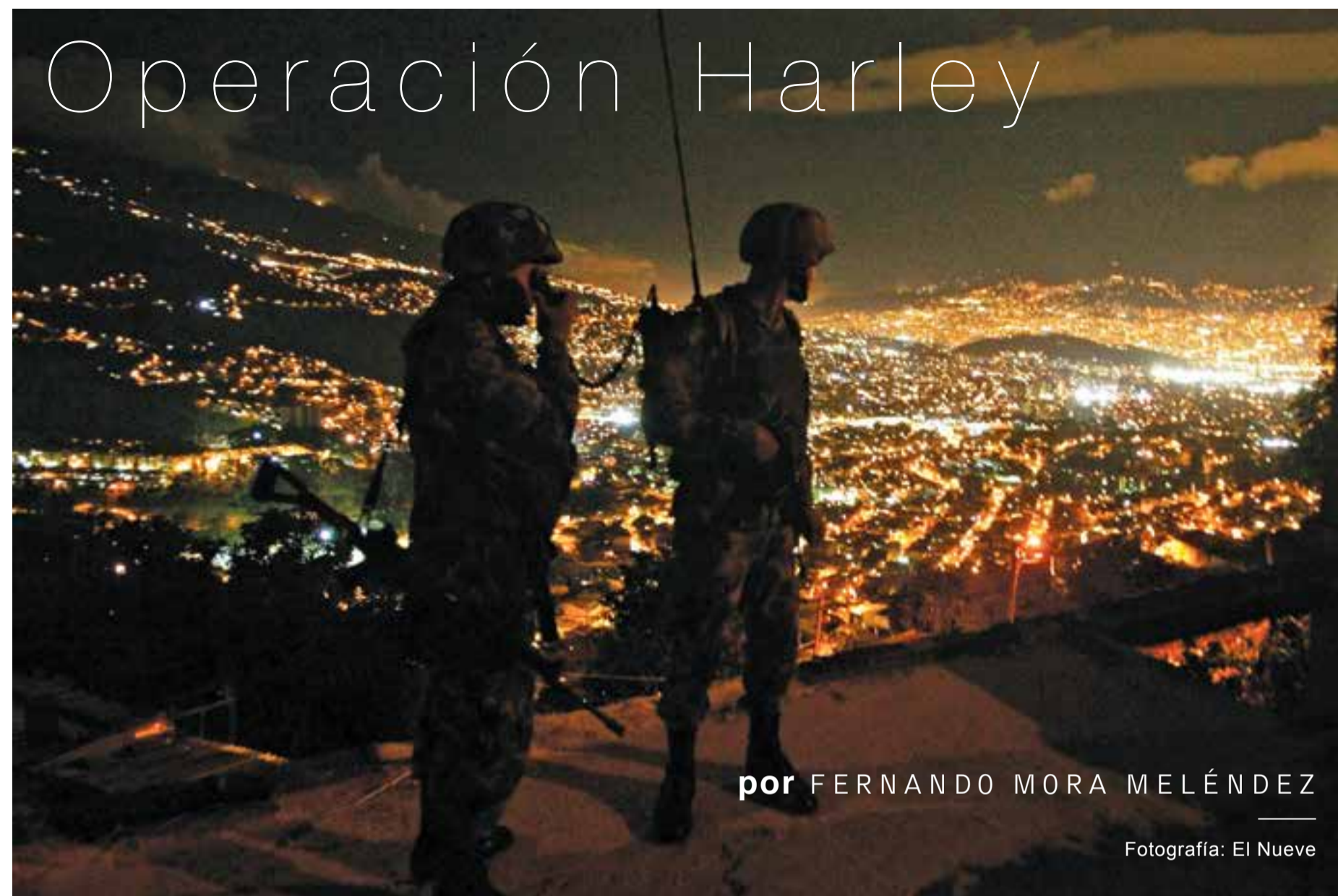
Esa noche la casa estaba vacía. Manuel había viajado a Cuba como jurado del concurso de Casa de las Américas, y yo, con María José de brazos y Pablo Mateo caminadorcito, decidí quedarme a dormir en la casa de mi mamá, en Prado. Al día siguiente, cuando llegué al apartamento, encontré a Roxana, mi cuñada, sentada en la sala, lívida, mirando al vacío. Su estudio se comunicaba por el interior con nuestro apartamento y ella pasaba con frecuencia a jugar con Pablo Mateo y a llevarnos “de sayunito”, como decía. Tomábamos café en la mañana y nos dejábamos contagiar de su alegría. Pero esa mañana no solo no nos encontramos, sino que al ver todos los libros, papeles, objetos, juguetes y ropa —incluida la de la recién nacida— tirados por el suelo, regados por todas

partes, los cajones abiertos y rebujados, entré en pánico y casi llorando abrazé a Mateo, sin poder explicar qué había pasado. Había además, en la tapia blanca, algo que parecía sangre.

Era una de las tantas requisas camufladas de la época, una época en la que cosas como viajar a Cuba eran consideradas sospechosas. Llegaban, nadie sabía quiénes, y misteriosamente buscaban algo “comprometedor”: papeles, propaganda política, en fin... A muchos amigos y conocidos les había sucedido. Al no encontrar nada comprometedor, se simulaba un robo. Una hipótesis extraña frente a semejante caos. En este caso el chivo expiatorio fue mi único collar de perlas, regalo de Manuel traído de uno de sus viajes, olvidado esa tarde sobre la mesita de noche al salir de la casa.

Pero lo que realmente nos dolió en el alma fue la copa de Borges: casi un amuleto, todavía a medio llenar, la copa había permanecido en el sitio desde esa noche. Amparo la desempolvaba regularmente y la volvía a poner en la repisita, y Manuel de vez en cuando la miraba al brindar con los amigos. En los afanes de la requisita la copa había volado por los aires y se había estrellado contra la pared, dejando una huella roja en la cal blanca que no tapamos por mucho tiempo. Al lado de la memoria de esa noche quedó la huella del atropello de unos hombres incapaces de ver lo que hacen, pero también la huella de un hombre que no necesitaba los ojos para ver. ☪

Operación Harley



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografía: El Nueve

Él me dijo que quería salir conmigo. Pensó que me iba a dretret con semejante propuesta. Será porque en este barrio de La Trece todas las muchachas se enloquecen por andar con soldados. Desde la Operación Orión, después de que ahuyentaron a la gente que dominaba por estas cuadras, policías y soldados se quedaron a vivir acá, echaron raíces y empezaron a pasar bueno.

Eso que yo conocía a Harley Octavio y me parecía hasta pispito cuando pasaba patrullando y apenas me mataba el ojo. Yo hasta le dije a mi prima:

—Mirá ese soldo, no hace sino mirarme y está hasta bueno...

—Oiga, Estela, bueno no hay nadie. Ese Harley está más enredado que un bulto de anzuelos. ¿No ve que preñó a Gilma, vivió con esa muchacha un tiempo, la abandonó porque se enamoró de la cuñada más joven, y se fue a vivir con ella, como si nada?

—¿Con la propia cuñada?

—Sí, miija, se fue a vivir con la propia cuñada.

Entonces cómo iba yo a aceptar que saliera conmigo también el bobo ese, que no era sino un pipialegre. No, yo me valoro un poquito. Aunque el Harley insistía, me llevaba paleta, después me llevó un cidí. Y para quitármelo de encima, le dije que bueno, que saliéramos. No era ni feo al fin y al cabo, aunque tenía unos ojos saltones, siempre antojados de algún culo que pasara... Y diciendo que tenía buenos sentimientos.

Me eché rubor en la cara, me puse pintalabios, porque una es vanidosa aunque vaya a salir con cualquiera, uno se quiere más que a la mamá. Y después de que estuve arreglada me fui a esperarlo donde habíamos quedado. Pasaron quince minutos, una hora... y Harley no apareció. Ya estaba en mi casa cuando llegó mi prima a decirme que un soldado había

acabado hasta con el nido de la perra. Soldados hay muchos por aquí, pero cuando le describí a Harley y le conté que iba a salir con él esa misma tarde, la prima se tapó la boca para que el grito no se fuera a salir...

—¡Cristo Jesús, Virgen del Carmen! —me dijo pasito—, ¿cómo se le ocurre que una cosa de esas venga a suceder?

El Harley había dejado a la esposa con una niña de tres años y se había ido a vivir con la cuñada, como ya les dije. Y perdón que repita, es que a mí esas cosas no me caben del todo en la cabeza. El hombre no se aguantaba que Gilma, su ex, consiguiera un novio; quería que le rindiera eterna memoria, el malparido. Y como no se podía sacar la espinita, tramó su película. Se metió a la misa en la que estaba la suegra con la niña y le dijo susurrando:

—Doña Doris, présteme a la niña, que hoy es domingo y vine a que su nieta dé una vuelta con el papá.

—¿Gilma ya sabe?

—Sí, ella ya sabe, tranquila —le respondió mintiendo.

—Espere entonces que se acabe la misa.

—No, doña Doris, yo mejor me la llevo de una vez.

El soldado subió la loma con la chiquita en brazos. Se fue para la casa donde vivía con Yolanda, la que antes era su cuñada. Desde allí llamó a Gilma:

—Venite para acá, que aquí tengo la niña, subí por ella.

—Maldito bobo tan pendejo, vos sabés que yo no tengo nada que ir a hacer donde esa perra de mi hermana.

—¿Perra? Por qué le decís así a tu hermanita...

—Porque sí, porque me da la gana. Y traeme rápido a la niña haceme el favor, que mañana tiene que ir a estudiar y ya está muy tarde.

Pero el soldo ese se negó a bajar con la niña.

—Esperame mamá —dijo Gilma—, que ese fastidioso no me quiere traer a la

niña y voy a tener que subir donde esa joyita de su hija, la robamaridos.

Gilma subió, y apenas entró a la casa, que es como un inquilinato, se armó una discusión de padre y señor mío entre el esposo, la ex esposa y la ex cuñada. Una vecina oyó la algarabía y tocó la puerta. El soldado contestó desde adentro.

—¿Quién es?

—Soy Maryori, la vecina. Hágame el favor y me dice qué está pasando, que son esos gritos, por Dios, estamos preocupados todos acá fuera.

—¿A usted qué le importa, vieja hijueputa? —contestó el Harley.

Pero los alaridos de las mujeres fueron creciendo hasta que la vecina no se aguantó y llamó a la policía.

—Vaya mire qué pasa y nos cuenta —le dijeron por la bocina los de la policía.

—¿Sí? Cómo se le ocurre, ¡conchudo!, si esa es la función de ustedes. Mejor dicho, si no vienen ya, los denuncio.





Nicolás Celaya / ladiaria.com.uy

Nómade apátrida, de Roberto Mascaró

Conocí a Roberto Mascaró en Medellín, durante el Festival de Poesía de 2002, cuando vino a recibir el Premio Internacional Ciudad de Medellín otorgado a su libro *Campo de fuego*. Aún conservo, doblada entre las páginas de *Un río de pájaros*, otro de sus libros, una hoja con un "Tango de Medellín" que el poeta escribió aquella vez en el lapso de un par de noches y un desayuno: "[...] Pero no hay un Medallo, sino varios. / Están los que vacilan, y los otros. / Los que estiran el brazo de humillado. / Los que no tienen voz ni territorio. / Los que piden la cena de los hijos. / O piden la cabeza de sus padres. / Y el egoísta sobre sus lingotes. / Y de pronto un silencio adolorido".

Hincha furibundo del Peñarol, el equipo del barrio de Montevideo donde nació en 1948, Mascaró reside en Suecia desde 1978. Allá fue a dar exiliado por la

dictadura militar uruguaya (1973-1984). Desde entonces empezó a verter al español poemas suecos, entre ellos al Premio Nobel Tomas Tranströmer, de quien ha traducido toda la obra. En septiembre del año pasado Mascaró estuvo en Bogotá dictando un taller de traducción en el Gimnasio Moderno. Durante su corta estancia aceptó la propuesta del editor Édgar Melo de sacar una sencilla y pulcra edición exprés –sin ISBN ni código de barras– del libro *Nómade apátrida*, donde el ácido e insobornable poeta da cuenta de recientes correrías por el mundo. Los interesados pueden escribir al correo algarrada600@hotmail.com. Por lo pronto, va esta muestra como primicia para los lectores de Universo Centro. ☞

John Galán Casanova

Cartagena de Indias, 2008

La casa de fútbol del Real Cartagena (verde y amarilla), hasta ayer flameante fetiche, blasón, trofeo, símbolo: su color inequívoco, esa de las victorias memorables, relumbrando de noche en la cancha alumbrada;

después de la derrota, secándose en la cuerda en el traspatio, pálida y arrugada: vergüenza, vil bochorno, a olvido relegada.

Tensto blues

Al Pastor se le vencen los tirantes.

Dios está en Algún Sitio (Just don't worry!)

El pianista del coro es un rubio feliz del Barrio Alto.

Y todo lo Arreglamos con Mayúsculas.

Dios Está con Nosotros, (Please don't worry!)

Y al Pastor se le vencen los Tirantes. Él es sólo un Servidor que conecta con el Disco Duro Central: Dios...

Cual Cantinflas, Exposéé le Pastor con su Corbata y su Armani y su Rolex y sus pantalones caídos.

¡Pensad en las Mayúsculas! ¡Ellas Salvarán al Mundo!

¿Una cuestión de Estilo o de Liturgia?

Al Pastor se le vencen los tirantes.

Reivindicación de la chancleta

Los jóvenes las llaman jauaianas (cholas en el Caribe) se acomodan al pie por el dedo gordo (otra vez el pulgar da patente de humano).

Correr con ellas puestas parece una proeza. Chinelas traicioneras. Chilenas deliciosas. Cholas taimadas.

Mas también es posible calzado de ellas hacer un gol olímpico.

Herederas ilustres de aquellas mal miradas chancletas de la infancia, son invento que roza la perfección ergonómica aunque vivir con ellas en los pies no sea vivir en un lecho hecho de rosas.

Memento

La ensordecedora sordera de quien grita en un estadio lleno.

Grosería

París: tus recolectores de basura son todos africanos o hijos de africanos. Y todos los obreros de los camposantos también: vestidos todos ellos de naranja mecánica. Y los guardians de las tiendas, también: africanos o nietos de africanos, "negros".

¡Ay, París! ¿Qué es eso, París?

¿Y la culture?

El origen del mundo



por PASCUAL GAVIRIA

La revista *Paris Match* publicó el escándalo en su portada. No era para menos. La dueña del coño más famoso de la historia del arte, una modelo incógnita desde 1866, al fin mostraba su cara. Un coleccionista afortunado, varios expertos, radiografías, rayos X y espectrometría de infrarrojos daban fe de que una tela de 34x41 centímetros resolvía el misterio: *El origen del mundo* de Courbet, la preciada joya en rosa y negro que se exhibe en el Museo d'Orsay, no es una pieza única sino una pieza mutilada. Al parecer la tela que un desconocido compró hace unos años en un anticuario por 1400 euros es un corte del cuadro original. Los expertos han reconocido la cara de Joanna Hiffernan, quien fue amante de Courbet y modelo de dos de sus cuadros con escenas y nombres sugestivos: *Mujer con loro* y *El sueño*.

La Hiffernan fue además mujer de Whistler, el pintor inglés, y protagonista de algunos de sus clásicos. En *Sinfonía en blanco* aparece lánguida, casi transparente, con un lirio en la mano izquierda y parada sobre la piel de un lobo. Parece imposible que debajo de esa especie de cazadora anémica se escondan el colorido cuadro de Courbet. Pero los rayos X son los rayos X. Las conjeturas crecen con el ánimo del afortunado coleccionista: las agencias ya hablan de millones de euros.

Una larga historia de propietarios anima las preguntas sobre ese coño con modelo, guardado siempre bajo doble llave, considerado botín de guerra y ventana para curar neuróticos. El artífice fue un diplomático turco del siglo XIX disoluto y frívolo, quien le encargó el capricho a Courbet. Bey fue embajador en Atenas y San Petersburgo antes de retirarse de la vida pública para vivir en París como una especie de mecenas obscuro y delicado. Al embajador no le bastaba la carne sugerente y blanda de *El baño turco* de Ingres, que había adquirido algunos años antes, y quiso que Courbet, famoso por sus mujeres desnudas y sus paisajes con grutas, se encargara de la vista cercana de un pubis femenino. El resultado es un coño maduro, retratado de cuerpo entero, que lleva la vista hasta el acantilado frondoso de la vagina, la hace recorrer el monte de Venus, la conduce sin prisa hasta el valle de un ombligo discreto para coronar en la sugestiva cima de un pezón.

Se dice que el diplomático turco guardaba su cuadro con el cuidado de un amante celoso y solo permitía una corta mirada, una pequeña epifanía carnal, a los más íntimos de sus amigos. Después de la muerte de Khalil Bey, el cuadro pasó a divertirse el ojo goloso de algunos anticuarios y galeristas parisinos. No todos tenían acceso a la gruta pintada por Courbet, solo algunos elegidos lograban correr los paisajes fríos e inocentes que escondían *El origen del mundo*. El novelista Edmond de Goncourt fue uno de los pocos visitantes que escri-

bió acerca de su correría hasta el santuario de Courbet. La escena narrada en sus diarios da una idea del aire de aventura pecaminosa que tenía un tete a tete con la obra: "el propietario –el galerista Bernheim o el anticuario La Narde– abre con una llave un cuadro cuyo panel exterior muestra una iglesia de pueblo en la nieve y cuyo panel interior es el cuadro pintado por Courbet para Khalil Bey, un vientre de mujer con un negro y prominente monte de Venus sobre la abertura de un coño... Ante esa tela que yo no había visto nunca tengo que hacer justicia con Courbet: este vientre es tan bello como la carne de un Correggio".

Durante la Segunda Guerra Mundial el cuadro fue apresado por nazis en Bucarest y de seguro fue botín de guerra en el gabinete de algún general de las SS. Más tarde cayó en las manos de los soviéticos, y cuando por fin dejó la procacidad de los cuarteles fue a dar donde un malpensado, el filósofo y psicoanalista Jacques Lacan, quien lo colgó en su mejor pared y, según cuenta, debía cubrirlo al menos para la mitad de sus visitas. Murió Lacan y durante el proceso de sucesión la oficina francesa de impuestos hizo lo propio y *El origen del mundo* pasó a ser patrimonio nacional.

Hoy los turistas japoneses se arremolinan frente a la pequeña tela. Comienzan a preferir su guiño al de la socarrona Mona Lisa. Los críticos de la época le atribuyeron siempre un aire profundo e intimista a las imaginaciones de Courbet: "Su técnica tan personal es reveladora de un amor a los lugares protegidos y secretos que solo los niños y los caminantes apasionados saben descubrir". Todo ha cambiado: las camisetas y las postales lo revelan.

El Museo d'Orsay desmiente que esa mueca desorbitada sea la pieza compañera de su gran atracción. Y de verdad es posible que los coleccionistas y los expertos hayan juntado su ambición y sus supersticiones para dormir felices.

Prefiero seguir creyendo, como los críticos de la época, que el cuadro de Courbet es más bien una anomalía para ilustrar las obras del Marqués de Sade: "Un retrato de mujer difícil de describir... Una mujer de tamaño normal, vista de frente, pintada con precisión... Pero por un inconcebible olvido, al artesano que ha copiado su modelo del natural se le ha olvidado representar los pies, las piernas, los muslos, el vientre, las caderas, el pecho, las manos, los brazos, los hombros, el cuello, la cabeza...". ☞



Salir de Cuba se ha convertido en una consigna para muchos. Pero salir con pasaporte y siendo opositora declarada es una rareza para una isla tildada de paraíso y prisión. Yoani Sánchez se montó a su avión seguida por las cámaras. Parecía una astronauta. Un poema de Wendy Guerra le hace homenaje a sus sellos en el pasaporte.

Epistolario generacional

Todos se han ido
las cartas me recuerdan cuentos de hadas
y las fotos tienen una matiz de discreta elegancia
Madrid no está muy lejos.

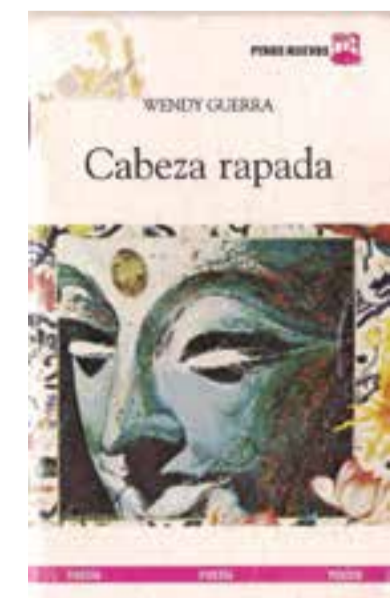
Todos se han ido.
Amberes nevada sube, París es un diamante ahogado en vino rojo
ellos han seguido esquizando cuando me recuerdan
y comiendo fresas con crema las madrugadas frías
recibí cartas con sellos exóticos y comentarios lejanos
leo en francés y llo cuando al final ustedes me piden que
les cuente

pido yo reciban de buen humor el número de mis pies
pequeños y frágiles
se acaban mis zapatos más modernos
calzo el número de madonna
y las ropas me gustan de tallas ajenas
respiro el olor de Cuba
y el gas urbano me asfixia como el opio
sudo.

Todos se han ido
exponen sus cuadros en galería amplias y pulcras
pero sus madres siguen rezando desde la oscuridad
no se bien rezar
el aeropuerto es el triángulo de las Bermudas
sigo haciendo el epistolario generacional
donde desde Budapest envían KCT de jazz latino.

Todos se han ido
Y miro el mapa desconfiada, miles de puntos me contestan
Allí fueron, usted criaturas evasivas, hermanos cruces
enfans terribles, amores que no olvido, fantasma que comieron
las comidas isleñas que ahora trago
¿Será verdad que existe otro lugar?

Sigo donde mismo:
no dejen de escribir
Jovellar # 111 entre Espada y Hospital
Centro Habana, La Habana, Cuba. ☞





Boris Pérez
K10_17
Óleo sobre lienzo
80 x 160 cm
2008

También el narcotráfico necesita de mano de obra calificada. Un traductor holandés es un parqueadero puede ser la última pieza. Un hombre trabajando en los tiempos de TLC.

La conexión holandesa



por NICO VERBEEK

Ilustración: Cachorro

En la lista de profesiones de alto riesgo a uno no se le ocurre incluir al traductor de idiomas. Esto se entiende fácilmente, pues traductores o intérpretes se ven como personas sosegadas que realizan un trabajo netamente intelectual y se sientan frente a una pantalla para luchar con las palabras. No más. El riesgo profesional más grande que corren es un dolor en la nuca por estar sentados muchas horas seguidas en la misma posición, o un problema de muñeca por manejar el mouse durante demasiado tiempo.

Sin embargo, hay excepciones a la regla. Un sábado recibo una llamada a mi celular. La señal es mala y no puedo escuchar bien la voz de quien habla, pero entiendo que necesita mis servicios como traductor. Le prometo que lo pensaré y que lo llamaré más tarde. No, dice el señor, es un trabajo urgente que no puede esperar. También me dice que no me preocupe por los honorarios, la plata no es problema. Sobre todo por estas últimas palabras, me doy cuenta de que no estoy hablando con un cliente común y corriente, pues la tarifa casi siempre es un problema. Él me pregunta por mi precio "normal" y después me ofrece el doble. Me cuenta que vienen unos amigos de Holanda y necesita un traductor porque él no habla holandés y los holandeses no saben nada de español; mejor dicho, él requiere una interpretación simultánea, como dicen los traductores profesionales.

El señor me pregunta dónde nos podemos encontrar. No me invita a su propia casa, y en lugar de eso me pide que proponga un sitio de encuentro en terreno "neutral". Me cuenta un poco elegir un buen lugar, no estoy acostumbrado a cuadrar citas con clientes así. Finalmente se me ocurre una clínica que está cerca de mi casa. Afortunadamente el señor la conoce y le parece bien.

Mientras camino hacia el sitio, recibo varias llamadas del mismo tipo:

aparentemente ha llegado al lugar de encuentro y me está esperando con impaciencia. Acelero el paso y cinco minutos más tarde veo la camioneta blanca que me había descrito por teléfono. Me abre la puerta y dice:

—Jorge, el de la llamada, mucho gusto.

Arrancamos y, como es costumbre en este tipo de circunstancias, tratamos de evitar el silencio y buscamos un campo común para iniciar una conversación. Obviamente, los temas Holanda, holandés e idiomas son favoritos. Mientras hablamos, vamos a una velocidad bastante alta sobre la autopista, hacia el sur del Valle de Aburrá. Damos algunas vueltas por Envigado, donde ya me pierdo, y finalmente Jorge anuncia que hemos llegado. Es un restaurante estilo finca, con un parqueadero grande y pasillos donde cuelgan abundantes matras con geranios rojos.

Jorge es un hombre de unos cuarenta años, vestido con jeans y camiseta negra. Es un poco gordo, lleva unos días sin afeitarse, pero no estoy seguro de si esto es cuestión de descuido o más bien algo intencional para parecer *cool*, estilo Enrique Iglesias. Es un buen conversador y me ofrece una cerveza mientras esperamos a los holandeses. Hablamos un cuarto de hora sobre todo tipo de cervezas. Yo, como de costumbre, le hago propaganda a la cultura cervicera de Bélgica (Duvel, Westmalle, Chimay...), y él, como buen paisa, me dice que no hay en el mundo mejor cerveza que la Club Colombia.

Entonces se abre la puerta del restaurante y entra un señor que se dirige a nuestra mesa, saluda a Jorge y me da la mano. No dice su nombre, pero pregunta si yo soy el traductor. Asiento con la cabeza. Con sus primeras palabras noto que no es holandés, es otro paisa.

—Los holandeses están un poco atrasados—dice. Se sienta y se toma una cerveza. Aprovecho la presencia del segundo hombre para averiguar más sobre los holandeses: ¿Qué tipo de gente es? ¿En qué

trabajan? En realidad estoy un poco preocupado. Conozco muy bien el holandés y mi español no es nada malo, pero el éxito de una traducción depende mucho del tema o, mejor dicho, del vocabulario que puede exigir cada tema. Qué si los holandeses tienen negocios de partes de automóviles o barcos. Soy consciente de que es mucho más fácil hablar sobre cervezas belgas que sobre la tecnología de una máquina de la cual no sé nada. Mis dos contortulos contestan con vaguedades a mis preguntas.

Poco después el segundo hombre recibe una llamada y se aleja de la mesa. Habla un buen rato por teléfono, vuelve y pronuncia las palabras salvadoras: llegaron los holandeses.

Jorge paga la cuenta y nos vamos en dos carros diferentes. Yo voy con Jorge detrás del carro del segundo hombre. ¿Dónde vamos? ¿Dónde están los holandeses? ¿Cuántos son? Preguntas apenas entendibles que repito de nuevo. Jorge dice que no sabe exactamente cuántos son, pero que no me preocupe por nada, que todo está bien organizado. Y revela que vamos camino a una taberna ubicada por los lados del Aeropuerto Olaya Herrera. No me ubico bien allá, pero imagino que debe ser en Barrio Antioquia, un vecindario que tiene su historia particular; lo sé muy bien por mis propias investigaciones sobre la historia social y cultural de Medellín.

Entramos a un parqueadero grande, un poco escondido, y al fondo hay una taberna-discoteca donde truenan rock en español. Sin embargo, no entramos en la taberna, solo nos alejamos un poco de la bulla y caminamos hacia un extremo del parqueadero, donde Jorge me presenta a unas cinco personas, un grupo bastante heterogéneo.

—Entonces este es el traductor que has conseguido—le dicen a Jorge y me sonrían amablemente. Me dan la mano, pero ninguno de ellos se presenta con nombre. Parecen personas comunes y corrientes, una mujer y cuatro hombres,

a un poco más jóvenes que yo. A primera vista parece un grupo de amigos que se preparan para una noche de parranda.

Me siento entre ellos y mi celular empieza a sonar. Es mi esposa, seguramente quiere saber dónde anda, porque al despedirme con afán no logré explicarle muy bien mi repentino trabajo. Siento todos los ojos mirándome fijamente y contesto con alguna vaguedad.

—No, no, todo bien... No, todavía no han llegado los holandeses, pero no se demoran.

Me doy cuenta de que no es exactamente la respuesta para tranquilizarla, pero bueno... Cuelgo de afán.

—¡Ya vienen!—grita la mujer.

Miro hacia la entrada y veo una camioneta grande con vidrios oscuros que para frente a la taberna. Bajan tres tipos, efectivamente tienen pinta de extranjeros, grandes y rubios. Cruzan el parqueadero y, en compañía de otro personaje colombiano que no había visto, se juntan con nosotros.

No hay presentación oficial. Todos se dan la mano, pero tampoco se pronuncian nombres. Tengo la impresión de que solamente uno o dos de "nuestro" grupo conocen a los holandeses o los han visto antes.

Los extranjeros están vestidos muy informales, con jeans gastados y chaquetas de cuero negro. Tienen un aspecto un poco siniestro: si me los encontrara en Holanda seguramente haría un pequeño desvío hacia el otro lado de la calle. Diría que se parecen un poco a los amigos de la banda de Alex de *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick, el tipo de gente que normalmente no trataba cuando vivía en Holanda. Escucho su acento. Es un dialecto que conozco, del sur del país, un acento muy fuerte.

Me doy cuenta de que soy testigo de un encuentro entre el bajo mundo holandés y el bajo mundo colombiano, aunque, a decir verdad, el grupo de colombianos no tiene mucho el aspecto del bajo mundo ¿Qué necesitan ellos de estos tenebrosos holandeses?

La mujer toma la vocería de "nuestro" grupo. Se sienta a mi lado y empieza a decir que lo que ellos quieren es mandar unas llantas a Holanda, y les pregunta cómo las pueden recibir allá. El líder de la banda holandesa, un joven con pelo medio largo, contesta en nombre de la delegación extranjera. Para ellos no hay necesidad de esconder la mercancía en una llanta, todo está preparado para recibirla, ellos se encargan del empaque.

Ahora todo me queda claro. No hay duda de qué están hablando. Están negociando un cargamento de droga que aparentemente tiene que pasar del centro de producción, Colombia, al centro de consumo, Europa. Vacilo entre el miedo y la curiosidad. ¿Todos los temas que yo, como historiador y periodista aficionado, he estado investigando los últimos quince años, la historia del narcotráfico y demás, lo estoy viviendo como protagonista! ¡Increíble! Por mi formación "teórica" no me cuesta mucho encontrar las palabras correctas para la traducción: la merca, la vuelta, los tombo... todo me suena muy familiar.

Me meto de lleno en la conversación y trato de hacer mi trabajo lo mejor posible. Por ahora no quiero pensar en las consecuencias. ¿Estoy siendo cómplice de un crimen? ¿Concierto para delinquir? Necesito concentrarme en armar las frases. Soy consciente de que tengo que traducir todo muy bien, imagínense si surgiera un malentendido; imagínense si se pelearan, o algo por el estilo, y sacarlos sus armas, que seguramente tienen, aunque no a la vista.

Siento que mi celular suena de nuevo. Pongo mi mano en el bolsillo y trato de apagarlo lo más rápido posible, pero todos lo han escuchado y me miran con curiosidad. —Eh, eh, esto... Es mi esposa, está preocupada por mí. Sigán tranquilos, no pasa nada.

Tengo la impresión de que me creen: no estoy llamando a la ley o algo así. Por fortuna no me preguntan nada y la conversación continúa.

—En realidad, nosotros no necesitamos nada—dice el vocero del combo holandés—. Tenemos la capacidad de mandar todo lo que ustedes tengan. No necesitamos llantas, lo empacamos a nuestra manera. Y no se preocupen, todo está controlado.

El tipo se ufana de tener un contacto muy confiable dentro de la aduana en Ciudad de Panamá y de conocer una ruta muy segura.

Mientras sudo y trato de no perder una palabra de lo que dicen, suena *De música ligera* de Soda Stereo y canciones de rock en inglés de los años ochenta, mi época favorita. Si no fuera por este trabajito, pienso, podría pasar una noche agradable en este sitio.

De pronto, veo que los holandeses se asustan y tratan de esconderse detrás de los colombianos. Han visto, a una distancia de unos cincuenta metros, un carro de policía que disminuye la velocidad justo cuando se acerca a la puerta del parqueadero. Los colombianos empiezan a reírse.

—Tranquilo, no pasa nada... Estos no vienen por nosotros, son unos tombo del barrio haciendo su patrulla de rutina.

Y, en efecto, el carro de policía sigue su camino y se aleja hacia el centro del barrio. Gracias a la confianza que aparentemente tienen los colombianos en temas de seguridad, me relajo un poco. Lo único que tengo que hacer es continuar como si nada. Me doy cuenta de que para el grupo de colombianos el negocio parece algo muy cotidiano, un trabajo que hacen sin mucha tensión. Todo es un tanto folclórico.

El negocio está cerrado y ahora la mujer pregunta al holandés si de pronto le puede colaborar con un trabajito en Holanda para un sobrino.

Traduzco y me doy cuenta de que el holandés está confundido. Seguramente piensa que quieren un puesto en su "organización". Dice inmediatamente que no, que muchas gracias, pero que tiene su propia gente. Me cuesta bastante

trabajo convencerlo de que la idea no es esa, que lo que la señora quiere es simplemente que le ayude a "ubicar" a alguien en un trabajo cualquiera en Holanda. El holandés dice que sí, pero tengo la impresión de que sigue sin entender muy bien. Gajes del oficio. Algunas cosas, digamos, culturales o de idiosincrasia, simplemente no se pueden explicar, menos traducir.

Tengo la precaución de mantenerme un poco alejado de los holandeses, y siento un extraño alivio cuando me dan la mano, se dirigen al carro y salen rumbo a su hotel.

Ahora aparecen de nuevo mis "viejos amigos", Jorge y el segundo hombre, que en ningún momento se habían metido en las negociaciones. El segundo hombre se ríe un poco incómodo y me dice que sería conveniente que me quedara "mudo" sobre lo que pasó esta noche. Es la primera vez que alguien dice algo que suena como una amenaza. Estoy tan sorprendido que no lo capto bien y le hago repetir la advertencia. Por supuesto, le prometo con todo el corazón que no diré nada a nadie. En realidad, hubiera prometido cualquier cosa con tal de poder irme lo más rápido posible del sitio de mi desgracia.

Me despido del grupo negociador colombiano, o de lo que queda, pues la mayoría se ha ido para la taberna a tomarse algo y baila *Boys don't cry* de The Cure, que suena con fuerza en la discoteca.

Jorge me pregunta si quiero tomar algo o si prefiero que me lleve a la casa. Le digo que lo estoy pasando muy rico y todo, pero que me están esperando desde hace rato en mi casa. Estoy un poco confundido por todo lo que pasó, y todavía no sé muy bien si mi papel en esta vuelta me traerá algún problema judicial más tarde, o si a partir de hoy mi seguridad estará en peligro.

Jorge asume la tarea de llevarme a casa. Por quebrarme la cabeza sobre todo lo sucedido no soy capaz de mantener una conversación, y finalmente él

prende su equipo de sonido para despejar el silencio en el carro. Cuando estamos en un trabajo cometiendo un grave error: ¡Naturalmente no puedo guiar el carro hasta mi casa! Es un riesgo demasiado grande. ¡Por ninguna circunstancia pueden saber dónde vivo! Entonces invento una ruta que desvía un poco el carro. Paramos a dos o tres cuadras de mi casa. Jorge me entrega la plata prometida, pero quedan faltando unos veinte mil pesos de la suma que habíamos acordado.

—No hay problema—dice Jorge—, te los puedo traer mañana. Mejor no... Esto lo podemos ajustar en la próxima ocasión, cuando hagas otra traducción para nosotros.

¡Mierda! Estoy atrapado. Es una trampa demasiado obvia. Claro que no me pagan todo, para que esté seducido a aceptar otro trabajo. Pero... no quiero seguir trabajando para ellos. Siento miedo. Siento que me volveré cómplice de un crimen y, si no tengo cuidado, un miembro más de esta banda. Me imagino que así pasa siempre en el mundo del crimen: primero un pequeño trabajo casual, después otro y después... sin darse cuenta uno está metido hasta la nuca.

Mi cerebro está trabajando a mil. Quiero salir lo más rápido posible y no quiero comprometerme con otros trabajitos, pero tampoco quiero generar la furia de Jorge. Entonces digo, en el tono más conciliador posible, que muchas gracias pero no, que realmente no estoy interesado, que no se preocupe por nada, que nosotros los traductores siempre somos supremamente discretos sobre lo que hablamos.

No me atrevo a esperar la reacción de Jorge, abro la puerta y me alejo del carro lo más rápido posible. No me atrevo a girar la cabeza. ¿Me estará persiguiendo? Escucho. Siento que Jorge arranca de nuevo el motor de su carro y se va para el otro lado, cada vez más lejos de mí. Un alivio enorme ¡Estoy a salvo! ☺

Trama y urdimbre

por JORGE DIEGO MEJÍA CORTÉS

Ilustración: Mónica Betancourt

“La escritura dibuja un archipiélago en las vastas aguas de la oralidad humana”.

George Steiner

A noche soñé con la muerte, una mujer demacrada y hermosa, pálida como esas modelos de Europa Oriental que flotan drogadas por las pasarelas con escasa ropa. Vestía de negro, con su guadaña al hombro, nada particular. Iba en la popa de un corroído barco pesquero; me miraba fijamente, con una pasmosa melancolía, como una madre que acaba de perder a su hijo. Súbitamente el barco se acercó a unos trescientos metros y la parca clavó sus ojos pardos sobre los míos. Me sonrió. Un inquietante sentimiento de angustia se apoderó de mí. Deseaba saltar a la mar y buscarla. Luego sentí la impotencia de estar en ese muelle sombrío, avizorar a la nave que en escenas editadas bruscamente se alejaba, tener la certeza de no poder alcanzarla.

Siempre odié el retorno a la vida en vigilia, con todos esos inconvenientes del yo. Me levanté aborrecible, cual Gregorio Samsa después de su infortunio, condición natural debido a mis desórdenes cognitivos, leer tanta porquería, abusar del alcohol. Un viejo perro sin raza ladra a los transeúntes que madrugan a esclavizarse en una de las tres mil fábricas que componen este asqueroso complejo industrial donde vivo. Tras tomar un café descafeinado, con leche deslactosada, endulzado con sacarosa sin azúcar, me dirijo a mi oficina de burócrata.

Uribe sigue ladrando, le ordeno que se calle, parece una estopa sucia que menea la cola; tal vez no merezca ese nombre, pero así lo bautizó Fernando Cifuentes, amigo sindicalista que me lo obsequió en uno de sus ataques de malparidez. Con la cabeza gacha Uribe se acerca a saludarme; lo que quiere es comida, y eso precisamente es lo que no hay. Mi perro es lo único que me queda, la única persona que puedo soportar y que puede soportarme. Mi mujer, que nunca lo fue, se escapó con un apuesto empleado de un juzgado, joven, vigoroso, lleno de testosterona, con la cara carcomida por el acné. Mi hija Josephine se fue a salvar los océanos detrás de un ecologista de mierda (también lleno de testosterona). Yo le agradezco al Dios del queso que se hubieran largado y me hubiesen dejado solo, revolcándome en mi mugre y mi melancolía.

Salgo de prisa, camino diez cuadras entre mendigos y borrachos, llego a la entrada de la textilera, maldigo otro

día de vida, saludo al portero y continúo la marcha por el campo de concentración. Mi oficina más parece una garita, llena de muestras de tela, papeles con series de números que solo los que sobrevivimos aquí podemos entender, un computador de la posguerra, una lámpara de interrogatorio, un escritorio de metal, un pocillo también de metal, una columna de retazos y un calendario de Pielroja que data de 1979; el lugar perfecto para que un bucólico purgue una condena.

Antes de comenzar la jornada observo el gigantesco reloj de la era soviética, aplaudo mi puntualidad y enciendo un cigarrillo de los que me consumen. Omar me saluda desde la entrada del inmenso salón y sostiene un monólogo que me cuesta descifrar; me enseña una lonja de tela camuflada. “¡Mire, qué grosería!, esta tela va para el ejército inglés y tiene 57 y 90, aparece revisada por el turno de la noche, ¡y dejaron pasar semejantes horrores!”. Finjo interés y tras observarla un rato por ambas caras determino que la revisen de nuevo, la piquen y extraigan calidades B y C. En mi “lorito” está sonando Francisco Canaro, se me hace caña la boca, el pago está lejos y el último nos llegó con una semana de retraso.

Cada vez me siento más cansado, estas ocho horas parecen eternas, me duelen los ojos, parezco un alma en pena y las grietas en mi cara evidencian la fatiga. Después de ingresar 140 disponibilidades a la intranet, la imagen dantesca de lo que alguna vez fue mi familia vuelve a partirme las entrañas. Es probable que lo único que extraña de Carolina sea la forma de hacer el amor; eso no me causa más gracia que espanto, ¿cuándo me extrajeron los sentimientos?

La última vez que tuve sexo fue hace año y medio, con una de las empleadas de la planta de no tejidos, jovencita pero fea; fue en los baños, con mucho susto. Aunque tuve que pagarle no me importó; igual ese día en vez de mariposas en el estómago sentí una especie de amibiasis, escarabajos y gusanos, una mezcla de sensaciones extrañas. Cuando era joven me gustaba mucho ir al fútbol los

domingos, tenía una novia morena, exquisita, se llamaba Sara; me quería mucho pero me cansé de su amor fiel y desinteresado, en el fondo necesitaba una arpía que me dominase, me engañase y me redujese a lo que soy. Lo peor vino cuando la arpía quedó en embarazo; sabía que no era mío, me encariné cuando supe que era una niña, le busqué el nombre, Josephine, como Josephine Baker, porque se asemejaba a Sara, así de morena, así de caliente. Carolina nunca lo supo, pensó que era un nombre elegante porque venía del francés.

Mi padre, quien fuera un militar liado en la Guerra de Corea, me dio una estricta educación; a él le debo mi gusto por la música y la literatura. A hurtadillas comencé a leer a Marx; por él me alejé de la iglesia hasta el punto de renunciar casi por completo a ella, y peleaba con mi madre, cristiana ortodoxa,

que me obligó a recitar la misa en latín. Soy el menor de siete hermanos, dos son sacerdotes, una monja, uno loco, otro muerto. Clara la mayor vive en Estados Unidos, de esa hace diez años que no sé absolutamente nada. Desde que los viejos murieron cada uno se propuso olvidarse de todos y declarar la independencia de tan férreo patriarcado. Gracias a un testículo defectuoso no pagué servicio militar; de lo contrario, ¡válgame Dios del queso!, estaría muerto o mutilado, aunque mi padre hubiese muerto orgulloso. Siempre fui muy brillante en las matemáticas, estudié ingeniería en la Universidad Nacional. Gracias a él, siempre tan voluntarioso para el trabajo, conseguí este promisorio empleo que se convirtió en una celda donde se compra mi tiempo, y yo cual puta lo doy sin más reparos.

Hora de almorzar. Me siento en el bar al lado de Don Eduardo, un solterón que vive feliz de serlo y le dedica todo su tiempo a su madrecita. Comienza su retahíla contándome sobre un terremoto que hubo no sé dónde, continúa narrándome una serie televisiva de detectives que persiguen asesinos en serie; “vaya conversación”, murmuro con desagrado. Su sonrisa me ablanda el corazón; finjo interés de nuevo, igual no lo escucho. Terminó de comer arroz con lentejas. Camino hacia mi prisión laboral, en medio de titánicas máquinas que blanquean, tiñen y sanforizan textiles, mientras un viento maligno se aloja en mi cavidad torácica.

Ahora llega el jefe de turno a indagar por nuestra labor, pregunta sin saludar si ya está listo el pedido para Venezuela, si la tela que devolvieron de

las confecciones ya se revisó, si los empleados de la cooperativa de trabajo están dando resultado y si don Vicente perdió la mano en el accidente del pasado sábado. Le respondo con monosílabos, total él ya se acostumbró, su frialdad y la mía son compatibles, solo que la mía está desprovista de orgullo y la de él no se distingue de su ego de joven profesional: “ejecutivo junior”, otro sinónimo para “perrito faldero” de esos que usan las empresas un tiempo y desechan cada que una universidad excreta nuevos párvulos con título. Como decía Neberamis, “la vanidad de la humanidad consiste en la falsa creencia de que somos los únicos seres inteligentes, con títulos académicos artificiales; como no tenemos pares y no palpamos un dios de carne y hueso ni tenemos un rival natural, nuestro orgullo llega a un nivel tal, que bien podría equipararse a la idiotéz, la misma idiotéz que fluye en medio de los ríos de tinta que plantea el conocimiento”. Ahora lleno formas y formatos, órdenes de salida y registros, papeles, papeles, papeles. Siento por una ventana enmallada los pájaros que gritan al crepúsculo. El día llega a su fin, los buses se alborotan, la gente fluye por las calles, todos tenemos hambre, suena la campana de Pavlov. Por hoy, soy libre. Una vez más cambio mi uniforme a rayas por el de civil conformista, escucho el lunfardo de mis compañeros, camino fuera del *ghetto*, regreso a mi casa ubicada en el cuarto piso de un edificio sin gracia arquitectónica, gris hollín y azul godó; me recibe Uribe meneando la cola (me pregunto si este canino merece llamarse así). A veces tengo la impresión de que los animales que usamos como mascotas pueden pasar horas enteras esperando por la voz de su amo, que eso es tan esencial para su simple existencia como la comida y el agua, inocentes de lo que es amor o lo que ello signifique. Me mira, saca la lengua, canta, me saca una sonrisa que no tengo que fingir, le doy un pan que me traje del almuerzo, agradece con reverencias. Hace frío, enciendo un porro, abro un libro que ya he leído, prendo la radio, bailo un poco con mi perro, él ladra, se ríe, aplaude mi torpeza, celebra mi locura. Hay un silencio sepulcral en las calles. Una hora después se escuchan disparos, luego ambulancias —ya me extrañaba—, una discusión familiar al frente, el olor de un guiso quemado debajo. Llega la noche y con ella el cansancio, luego el sueño, mi perro se duerme.

De nuevo frente a la mar. Ahora tengo un traje victoriano, estoy parado sobre el muelle, hace frío y el viento despeina un inusitado cabello que no tenía, hermoso cielo carmesí al atardecer, en lontananza un barco pesquero, se aproxima, en la proa del barco la muerte desnuda, sus cabellos negros danzan con el viento, sus ojos pardos brotan del vacío de sus cuencas, se aproximan a los míos, mi viejo corazón sufre taquicardia, aguanto la respiración; el barco arribó; su piel me invita, me hace una señal, subo al barco que luce tan añejo como mi rostro, me besa, me besa, en cada beso se lleva mi alma, siento su guadaña transverberar mi corazón, el placer me inunda mientras mi corazón se detiene.

Mi perro se queda en la otra orilla, ladra, canta, me pide que regrese. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

CARRERA EN 2 ETAPAS

Tomé el taxi en el acopio del Parque de Berrío, a las seis de la tarde, hora celestina que justifica las ciudades. La flota se llama Flota del Tiempo. Sus carros son grandes y cómodos, azules tirando a negro; sus conductores visten uniforme gris y gorra del mismo color; son gentiles, discretos, y todos se parecen.

—¿Año? —preguntó, cuando me acomodé en el asiento trasero, echando a andar el cronotaxímetro.

—1954 —dije—. 15 de agosto. La Playa con Junín, junto a la primera ceiba.

En un santiamén estábamos allí. Pagué al asombrado taxista con un billete de 5.000, y, sin esperar el vuelto, me apeé frente al Teatro Junín. Pagué mi boleto de galería —era la mejor ubicación, doy fe de eso, a pesar de ser la más barata—, subí, me instalé, y esperé a que se apagaran las luces. La asistencia era mediana, arriba y abajo.

A las dos horas salí, con el alma llena de ventura, sintiéndome un espadachín de amplio penacho que ofrenda su existencia al amor.

El taxi seguía en su sitio, esperándome. Supe que era el mismo por la mirada cómplice del chofer.

No sé si fue esa mirada, o mi estado exultante: aunque sabía que el radio de acción de la flota era restringido, cobré ánimos. Total, lo peor que podía pasarme era una negativa.

—São Paulo, 1980 —murmuré—. Rua Brigadeiro Luiz Antonio, 1725. Me llevó.

CODA

Formas espurias de Habían, Hayan, Habrán, Colocar, Casual. Quéísmo, De queísmo. Al interior de, Mañana inicia, Hasta el lunes se sabrá, Súper, Espectacular, En ese orden de ideas, Recién. 50 kilómetros a la hora...

Extraterrestres verbales; filtrados en este mundo nuestro, disfrazados, hacen de las suyas aprovechándose de nuestro candor. Medran sobre todo en la radio, en la televisión, en los periódicos. Aunque prefieren a los locutores deportivos, no desdeñan a políticos, a empresarios, a articulistas, a educadores, a premios Nobel. Son invencibles, inmunes, llegaron para quedarse. ☹

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Por qué escribí Nadie mató a Colmenares

por JOSÉ MONSALVE

Ilustración: Hernán Franco Higuita

Una serie de azares hicieron que me dedicara a investigar con obsesión el llamado caso Colmenares. Todo el país lo conoce: la trulucuenta historia del joven Luis Andrés, de veinte años, quien departió con sus amigos de universidad la noche de Halloween de 2010 y apareció, dieciséis horas después, muerto en extrañas circunstancias en el canal del parque El Virrey, al norte de Bogotá.

Soy periodista, más exactamente lo que llaman en las salas de redacción “periodista judicial”. Sé bien cómo se cocinan las noticias en los medios. Llevo varios años leyendo expedientes y escuchando audiencias; rondo investigadores, visito juzgados y cárceles, converso con víctimas, entrevisto criminales y, siempre que se da la oportunidad, sobrepaso la cinta amarilla con la que aíslan la “escena”. Soy persistente en mi trabajo. Por otra parte, fui vecino del parque El Virrey y sigo siendo un asiduo visitante del lugar. Trabajé casi seis años en la revista *Semana*, cuya sede está a pocas cuadras del parque. Puedo decir que conozco enteramente el sector. Estas circunstancias hicieron que la historia de Colmenares fuera algo diferente para mí.

Contrario a lo que divulgan influyentes colegas con el poder que dan los cargos directivos en este oficio, y contrario a lo que por consiguiente cree la gente del común, yo creo que Luis Andrés Colmenares Escobar murió a cuen-

ta de un lamentable, de un absurdo accidente. No hay crimen, no hay criminales, no hay una mano negra ejecutando un velado plan para eliminar pruebas e impedir que se llegue a los responsables de este “execrable asesinato”.

Hay una brecha inmensa entre lo que la gente cree del caso y lo que es. Tres ejemplos sencillos. Primero: la versión del suicidio. Se ha informado insistentemente que en las primeras declaraciones las jóvenes señaladas de ser responsables del “crimen” dijeron que Colmenares se suicidó lanzándose al canal. El abogado Jaime Lombana, quien representa a la familia Colmenares, lo sigue repitiendo con desparpajo. La verdad es que en las declaraciones de estas y de una decena más de universitarios nadie nunca ha hablado de suicidio. La palabra “suicidio” solo se menciona en un vago e intrascendente comunicado de la alcaldía local de Chapinero.

Segundo: se robaron las cámaras de seguridad. Alguien contabilizó las cámaras de seguridad externas que se ven en las calles entre la discoteca Penthouse y el parque El Virrey, señaló que eran doce y que su contenido había sido robado. La afirmación hizo carrera porque la maldad nos fascina. La verdad es menos espectacular. La Fiscalía inicialmente consideró que la versión del accidente era la hipótesis más creíble, y así fue hasta que el caso llegó a manos del fiscal Antonio González, a quien un colega suyo ahora acusa de fabricar tes-

tigos, y en una audiencia delectó a un juez de esta forma una palabra elemental: “j-u-i-s-i-o”. González tomó el caso un año después de los hechos, inclinándose por la tesis del “crimen”. Trató de averiguar por las cámaras y se encontró con que el sistema regraba, así que ya no había ningún archivo de 2010.

Tercero: una necropsia sospechosa. El trabajo de Medicina Legal (ML) ha sido descalificado insistentemente dentro de este caso. El fiscal González ha dicho que la necropsia tenía graves vacíos y que el dictamen de exhumación le señaló siete fracturas que no fueron reportadas por la perito de ML. Falso. La forense de ML describió siete heridas y cuatro raspaduras en el rostro de la víctima. Lo que sí hay es una variación en la descripción de las lesiones, lo cual es normal por el tiempo que pasó entre los dos peritajes. Un dictamen no desvirtúa al otro, son complementarios, y entre otras cosas ambos indican que Colmenares murió ahogado.

Tres puntos sobre los que se ha desinformado insistentemente, y como estos, otras tantas afirmaciones distorsionadas: que hay un “pacto de silencio” entre los involucrados, que en ML se robaron las prendas de la víctima o que un testigo fue desaparecido. Todo esto es lo que mantiene en pie –con pies de barro– la afirmación de que “lo único seguro es que a Colmenares lo mataron”.

Apuntes sobre un libro que contradice a la opinión pública, a las víctimas, a los grandes medios y a la Fiscalía.

Encontré un rosario de falsas certezas a medida que investigaba, leía piezas procesales y conocía a los protagonistas del asunto. Hice varios informes puntuales señalando las inconsistencias, y las reacciones rabiosas de quienes quedaban en entredicho me dieron a entender que no todos buscábamos la verdad. Supuse también que si yo –apenas un reportero– podía descubrir las costuras de la trama, estas terminarían por ser evidentes. La historia me interesó aún más al darme cuenta de que a mediano plazo los roles de protagonistas y antagonistas se invertirían.

El primero de febrero de 2012, cuando ya todo el país seguía con exacerbado interés el caso, el fiscal González radicó escrito de acusación contra Laura Moreno y Jessy Quintero, los dos jóvenes señaladas, respectivamente, de participar y encubrir el “crimen”. En veinte páginas el fiscal consignó la batería de argumentos y pruebas con los que demostraría la responsabilidad de estas en tal homicidio. Pronto obtuve esta pieza y pude evaluar su solidez.

Se trata de un documento escrito con vehemencia. Afirma, por ejemplo, que Colmenares fue asesinado y puesto luego en el canal de El Virrey, ya que una brigada de bomberos lo buscó allí en la madrugada del 31 de octubre sin resultado, y en horas de la noche otros bomberos sí lo encontraron allí mis-

mo. Sostiene el fiscal: “El cuerpo de Colmenares no se encuentra en ningún hueco pues en el lugar donde es hallado no hay ningún hueco, las fotos de la inspección así lo demuestran y son el mejor referente probatorio para evidenciar que el cuerpo muerto estaba visible en el sentido oriente-occidente y que la actividad de los bomberos que ingresaron a ese lugar agotó la búsqueda en ambos sentidos, con las luces adecuadas”. Cuando leí esta afirmación me hice un cuestionamiento: si González, que no es que irradie condiciones físicas envidiables, se tomó el trabajo de adentrarse en el canal de El Virrey para hacer las constataciones que consignaba, con mayor razón lo tendría que hacer yo. Conseguí unas botas pantaneras y descendí. El ejercicio de bajar al canal (2,5 metros de profundidad), aún con todo el cuidado, me hizo pensar en lo probable que era dar un paso en falso y lastimarse. Colmenares no conocía la zona, tenía tercer grado de embriaguez –el máximo–, y se adentró en el parque en la oscuridad de las tres de la madrugada.

Una vez estuve en el fondo, en la base de la cuneta, entendí que aunque corriera poca agua, era constante y formaba una película lamosa en los ladrillos bajos, por lo que es realmente difícil mantenerse en pie. El canal adoquinado es como una suerte de tobogán extremadamente resbaloso. Con cuidado y lentitud avancé por la acequia hasta el punto en el que esta se vuelve un túnel de 68 metros de longitud, que pasa bajo la carrera 15. Ingresé por la boca oriental. Al recorrer los primeros metros queda uno sumido en la oscuridad, el ruido exterior se queda atrás y, a cambio, se escucha una caída de agua. A los 27 metros hay una leve variación de pendiente que es la que produce el ruido de las aguas agitadas. Inmediatamente después hay una hondonada (técnicamente se llama dissipador de energía) y fue justo allí donde se encontró el cadáver. Así se constata en las múltiples declaraciones de los segundos bomberos y se observa en las propias fotos del levantamiento. El asunto es exactamente contrario a lo que dice González: sí hay un “hueco” y fue allí donde se halló el cuerpo, en un punto ciego para los primeros bomberos, quienes no agotaron la búsqueda pues no ingresaron al túnel sino que apenas proyectaron sus linternas desde las bocas del mismo.

El caso Colmenares está plagado de yerros como este. Entendí que solo un libro me permitiría ocuparme de todos los nudos y empecé a escribirlo. Avanzaba en ese proyecto silenciosamente cuando una colega me dijo, casi en tono de reclamo, que debía reflexionar sobre mi trabajo pues con este estaba ofendiendo a las víctimas: “el periodismo debe estar del lado de las víctimas”, sentenció. La afirmación me dejó inquieto, pero continué. Así logré desatar todos los falsos nudos y empecé a obtener la información que, más que desvirtuar la tesis del crimen, le da solidez a la del accidente. Todas esas piezas conforman el libro *Nadie mató a Colmenares*, publicado en 2012 por Random House Mondadori.

El libro generó controversia. Me anunciaron demandas y linchamientos, hubo insultos y descalificaciones de quienes aún no habían leído una página, entre estos varios directores de medios. Pero luego el fiscal Napoleón Botache denunció a González por delinquir dentro del proceso, la Fiscalía capturó a sus propios testigos y solicitó al juez que le permitiera anular todo y empezar de cero, petición que fue negada. Los acontecimientos han ido reivindicando mi trabajo. Las más duras descalificaciones al libro han venido del señor Luis Alonso Colmenares, quien inexplicablemente supo qué editoriales estudiaban publicarlo, las mismas que sorpresivamente declinaron hacerlo de un momento a otro. No pasó lo mismo con Random House, cuyo criterio determinante es la calidad periodística de la obra; allí no calaron las influencias de encoquetados abogados.

El caso Colmenares debería, al menos, dejar una reflexión para el periodismo. Va siendo hora de escuchar al profesor Iván Orozco cuando señala que no es conveniente para la sociedad “la sacralización de las víctimas”. El periodismo colombiano ha caído en la trampa de creer que su rol es servir de diván de las víctimas. Este oficio no es para estar del lado de las víctimas, debe perseguir la verdad, cueste lo que cueste. Y nada más. ●

Al filo de la decadencia

por EMILIO ALBERTO RESTREPO

Ilustración: Alejandra Congote



Últimamente se sentía sumido en una rutina asfixiante. Llegó a pensar que estaba estancado en una monotonía de siglos sin que nada alterara su vaivén predecible.

Nueva York marchaba demasiado rápido allá afuera y en su interior anhelaba cambios que lo revitalizaran, que lo sacudieran de su estancamiento.

Se veía a sí mismo algo rígido y acartonado, llevando a cuestas una historia muy pesada de formalismos y etiqueta, de títulos nobiliarios ya bastante anacrónicos, una carga aristocrática sobre sus hombros que se le antojaba un tanto rancia y decadente.

Miró alrededor de la espaciosa biblioteca. Se vio retratado en el cuadro que dominaba el ambiente. Su porte aún era gallardo y elegante y, por qué no, imponente. No se veía ni se sentía viejo, en justicia aparentaba muchos menos años de los que en realidad tenía; la cara estaba pálida pero, qué remedio, el sol nunca había sido bueno para su salud.

–De pronto me falta algo de acción, me siento un poco solo –pensó mientras apuraba una copa de vino frío–. Debería salir y divertirme más frecuentemente y de paso ir al odontólogo; me fastidian los líquidos helados en este diente –su dedo índice palpó el cuello descubierto del canino superior–.

De todas formas no le entusiasma mucho la idea de salir en busca de las emociones de la noche en esta ciudad; la capital del mundo, al igual que Las Vegas, nunca dormía. A este lado del mar las cosas tenían otro costo; definitivamente, América era muy distinta a su vieja y entrañable Europa: el peligro rondaba cada esquina, nadie era confiable, todo el mundo tenía un precio, cualquiera era un potencial enemigo; la gente vivía frenética y paranoica, con el cuerpo, la

mente y la sangre envenenados de vicios, de virus, de ácidos, de Sida, de desconfianza y temor.

En su última correría –en plena Quinta Avenida, por Manhattan, ni siquiera por el Bronx o Harlem o Queens– fue atacado por una banda de gamberros, quienes no solo se burlaron de él por considerarlo patético y anticuado, sino que le robaron y lo golpearon con cadenas y crucetas; llegó a sentir realmente miedo cuando intentaron clavarle una varilla a la altura del corazón. Fue un verdadero susto, una pesada cruz sobre su espíritu que le robó la calma y lo atemorizó.

Recordaba con nostalgia las noches amables y románticas de seducciones lentas y entregas totales, en cuerpo y alma.

Decidió entonces que hoy tampoco saldría. Le gustaba por lo práctico el sistema americano de conseguir compañía femenina en su propia casa, a través del teléfono. Claro que la última vez tampoco le funcionó el plan: la jovencita que acudió a su llamado tenía un penetrante olor a ajo que le repugnó en lo más profundo. Se vio obligado a despacharla sin poder siquiera tocarla, luego de cancelar por anticipado el valor de sus servicios.

Hizo la llamada, concretó la cita y sonrió satisfecho. Había hecho lo correcto, una gran noche lo esperaba.

Parado en el balcón de su apartamento, dirigió su mirada hacia el puente de Brooklyn, más imponente que nunca. Los destellos de millones de luces de los edificios se reflejaban en las aguas, que esa noche ostentaban una extraña mansedumbre. Sorbendo con deleite su copa de vino, y añorando poder mirarse a un espejo para acicalarse un poco, el Conde Drácula pensó que quizás era hora de regresar a su amada Transilvania. ●



Nada más bello que eso", dice Juliana Correa, creadora de la marca ONA, cuando le comento que mi primer Armario versará sobre qué pasó con las enaguas. Hablamos de tanta cosa bella cuando hacemos indumentaria que con solo nombrarlas la mente se nos atiborra de ideas relacionadas con un mundo femenino, delicado, secreto e interior.

Allá están, entre una caja, las enaguas de mi madre, y detrás de ellas muchos que queremos conservarlas como tesoros. Jugar con ellas entre las manos es tocar seda pura en el mejor de los casos, o nailon, que no está mal en tejido tricot, materiales que dieron a esta prenda el característico tacto fluido y la perfecta caída. Mediar entre las telas ásperas de invierno y la piel fue el primer papel de las enaguas; nuestra idea de doble fondo o forro para las faldas o polleras transparentes vino después con la moda masificada del crepé y el georgette.

"La enagua es una falda usada como ropa interior, se lleva puesta bajo un vestido o falda para ayudarlo a colgar suavemente y prevenir la irritación de la piel de telas gruesas como la lana. Las enaguas también se llevan puestas para evitar el calor y proteger telas finas de la transpiración", dice Wiki en la red. Muchos recordamos la escena de una enagua adherida, magnetizada por el cuerpo de su dueña, pegada a él como un abrazo, un pétalo, una segunda piel. Será por eso que suelen comentar de algunos caballeros dependientes en extremo de las *femmes*, que son "como pegado de las enaguas de la esposa o de la mamá"?

Adornadas con encajes y puntillas, esta reinas invisibles de la indumentaria de principios del siglo anterior sufrieron, como tantas otras prendas y piezas del armario, el desuso, por factores económicos, prácticos o en algunos casos ligados a las condiciones reinantes en las megalópolis, tan sofocadas y recalentadas como para llevar sobrefalda. "En Medellín las llevan tan cortas como bufandas", dice mi amigo Álvaro Ruiz, profesor de ilustración de muchas camadas de diseñadores; también me comenta que los trajes de fiesta o novia aún las llevan y pueden consumir metros de entretela o tul para darle volumen a la pieza exterior.

Desde hace una década fue evidente el uso de franjas o letines semejantes a prendas interiores en el *streetwear* planetario, que permanecen como una referencia clara a la sensibilidad romántica, victoriana y a la iconoclasta y conservadora ¡gotic! Las hay como vestidos cortos de preciosas tiritas espagueti, finas y sensuales combinaciones, o como faldas simples. ☺

Hablar de identidades más allá de géneros, de objetos y hábitos que son realmente piezas de un escaparate, para disfrutar de las ideas que el lenguaje nos propone con sus aleatorias conexiones, es parte del juego que propondrá Armario. Nada que ver con el clóset o salir del clóset a lo gay. Hablaremos de sinapsis creativas ligadas a lo que algunos llaman el mainstream local, otros zeitgeist y ahora, con cierto grado de tecnoingenuidad, otros llaman mente global.



¡Se le vieron las enaguas!

El verdadero sabor de Perú y México

Lupita

Menú Ejecutivo

Distribuidor de exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas con la mejor programación en el centro de la ciudad

INVEST. EN VIVO

DOMICILIOS
218 27 41

Carrera 43 N. 52-40

lenteja express

Comida Rápida Vegetariana

- Hamburguesas
- Nachos
- Lasagnas
- Quesadillas
- Ceviche
- Jugos naturales

Comida rápida vegetariana

Carretera 43 N. 52-40

Antioquia

Namaste

MERCADO DE TE

Namaste-mercado de te, te invita a descubrir el mágico mundo del te.

Información
tel. 3122914
cra 35 N°8A-59/ poblado
<https://www.facebook.com/namastemercadodete>

NUEVA

TU GATO ARENA AGLOMERANTE

-Scopable-

Arena Sanitaria para Gatos Domésticos. **100% Natural**

Distribuidor autorizado:
D y CH Tel: 2659679
bast@une.net.co

Clases de Salsa

Martes, miércoles y jueves
7:00 - 8:30

Bar El Tibiri Tabara

boulevard de la 70
(Carrera 70 N. 43B-01 Medellín)

Se dictan clases personalizadas en horarios de 8:00 am - 2:00 pm / 2:00 - 6:00 pm

Tel. 312 606 4687
facebook.com/basesantillanas

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Chorizos y pernils artesanales

E-mail: itaca5460@gmail.com
Encuétranos en twitter: @itaca5460
En facebook: Restauranteltaca
Tel. 581 85 38 • Cra 42 # 54-60

Son Quemao

Calle 49 # 36A-37
Barrio Buenos Aires
Teléfono: 312 8023897
Abierto de miércoles a sábado
Banda de planta:
La Pregonera Orquesta

El mejor lugar para disfrutar de la salsa brava

www.universocentro.com

¡UC en la web!
Ahora con más contenidos: Reportajes gráficos, videos, Me robaron y punto, artículos exclusivos, actualizaciones a destiempo y mucho más.

UNIVERSOCENTRO

LA PÂTISSERIE FRANÇAISE DE MEDELLIN

Repostería Francesa

CALLE 12 # 43 B -13
BARRIO MANILA - EL POBLADO
3125829 / 3044231146
LAPATISSERIE2012@GMAIL.COM

Saludo a la estupidez

por ROBERTO PALACIO F.

No sé muy bien en qué momento la estupidez perdió toda su frenética dignidad. Hace unos cuarenta años parecía un tema digno de ser abordado. El afamado economista Carlo Maria Cipolla, preguntándose sin cesar cómo hacen los economistas cuando sus modelos no se equiparan con nada —es decir todo el tiempo—, y cómo diablos hay gente que no quiere maximizar sus beneficios, terminó escribiendo un tratado sobre la idiocia con un delicioso título: *Allegro ma non troppo*... Alegre pero no tanto. La "acción estúpida —nos dice— es aquella en la que el actor no solo no consigue sus objetivos sino que dada la naturaleza de su despliegue daña a otros"; es una absurda transacción en la que pierde el vendedor y pierde el comprador; es un desastre económico a escala.

Con esta definición, el estudio de la estupidez, que por cierto carece de nombre, dio un gran paso hacia adelante; la estupidez dejó de ser un tema exclusivo de los psiquiatras que la trataban con iodo: ya no era una enfermedad sino una tipología de las acciones y como tal nadie estaba absolutamente a salvo; a todos de vez en cuando nos atacaba. En uno de los corolarios de su libro Cipolla anota: "la estupidez es independiente de cualquier otra característica de una persona, incluso de su inteligencia".

Pero desde *Allegro ma non troppo* hemos dejado de hablar de la estupidez como si el asunto hubiera quedado resuelto. La omisión es en parte comprensible: es un concepto espinoso, que tiene sabor a circo y a estudio digno de ufólogos y espiritistas. Meterse con el

tema parece implicar una movida hacia la indignidad intelectual, porque el sino de la estupidez es su toque de autorreferencialidad: quien se atreve a hablar de ella debe ser un estúpido. Para los psicólogos no es una patología y prefieren hablar de "inhabilidad"; para los filósofos se trata de una palabra con un talante muy peliagudo, muy ambiguo; los neurólogos ni soñarían con mencionarla en un tratado, a riesgo de quedar ellos mismos como unos estúpidos, y todo el mundo del intelecto parece no saber muy bien qué hacer con el mal, a tal punto que llevamos cuarenta años sin hablar seriamente de la consagrada estulticia que nos carcome y nos acecha.

Pero el mal no solo no ha muerto, hay un tipo de estupidez que ha anidado en la conciencia actual y que es propia de estos tiempos: como con tantas otras grandes instituciones (la Iglesia, el Estado), hemos ingeniado maneras para llevar la estupidez al interior de la casa y fabricarla en el garaje. Ahora se parece a una elección vital como declararse gay, ha dejado de ser vergonzante y en mucho se asemeja a la de las peores épocas del fanatismo religioso, por la simple razón de que vivimos en una de las peores épocas del fanatismo religioso.

Claro, el hecho se ve oscurecido por mil velos: hace poco el terrorista iraní radicado en Estados Unidos Khay Rahnajet en su guerra contra el infiel envió una carta bomba por el servicio postal. Dado que le había puesto pocas estampillas, y sobre le fue devuelto. Curioso y contento por recibir correspondencia, la abrió y voló hacia las alturas celestiales en alma y cuerpo... uno muy fragmentado. ¿Cómo puede un soldado en-



El Bosco, La nave de los locos. 1500.

viado por Dios en una misión especial ser un idiota redomado? Quizá simplemente sintió curiosidad, al fin y al cabo, ¿cuánto le llega correo a un terrorista? Otros dirán que no hay allí un caso de estupidez sino de perversidad, como si la idiocia y la maldad fueran excluyentes; pero a menudo olvidamos la lección de Sócrates que enseñaba que la maldad es solo un tipo de estupidez.

En el 2005 la Fundación Gorila de San Francisco que alberga a Koko, una gorila de Virunga que domina un lenguaje de señas de más de dos mil palabras, contrató a dos antropólogas para que fueran sus cuidadoras. En su primer encuentro se acercaron a la jaula esperando escuchar: "Koko, Nancy y Kendra buenas amigas". La primate increpó a las mujeres con signos que in-

equivocadamente traducían: "Levántate-la-camiseta-y-me-muestras-los-pezones", obedeciendo a un fetiche que desarrolló luego de treinta años de estar en una jaula. Nancy Alperin y Kendra Keller demandaron por más de un millón de dólares por acoso sexual y daños psicológicos.

La idea de Cipolla de una torpeza extendida que se amplía en círculos concéntricos arruinando los planes ajenos ya no satisface lo que debemos tener por estupidez. Koko no tuvo que pagar indemnización alguna; la guerra santa de Rahnajet salió de su casa y regresó a su casa. Pareciera que no es esencial enturbiar a nadie con las acciones propias como para considerarlas estúpidas. Por eso se hace preciso volver a pensar en nuestra estupidez más in-

timista, más doméstica, y aunque más discreta, con un potencial letal para la explosión..., como todo lo que se cuece en el garaje de la casa.

Uno de los rasgos más distintivos de la estupidez es que nadie se cree realmente un estúpido. Por el contrario, el babieca actuará como si se creyera vestido de un ingenio privilegiado. El clérigo inglés del siglo XVI Roberto Burton destacó este rasgo en su *Anatomía de la melancolía*, uno de los primeros tratados sobre la depresión, cuando para definir al estúpido utilizó la imagen de un hombre que en medio de la noche apaga su vela para que las pulgas no lo piquen. La imagen es portentosa; el hombre se supone más astuto que sus circunstancias. Puede el lector imaginárselo sonriendo, casi dolido por las pulgas que lo auscultan a oscuras. Con esa metáfora, Burton tocó uno de los puntos nucleares de la estupidez.

Este sentimiento de ventaja no es un rasgo secundario de la estupidez, como lo descubrieron los psicólogos Justin Kruger y David Dunning. El estúpido cree que actúa con gran competencia, cuando es demostrable que sus acciones y elecciones difícilmente pueden caer más bajo en la escala de logros y pericia: los "inhábiles" estudiados por Dunning y Kruger, al responder un examen pronosticaban que habían acertado en el 68% de los casos, cuando la situación real era de apenas el 12%.

En 1995 McArthur Wheeler entró a dos bancos en Pittsburg a plena luz del día, y sin ningún intento de ocultar su rostro de las cámaras robó en ambos a mano armada. Cuando la misma noche del robo lo capturaron y le mostraron los videos de las cámaras de seguridad, con los ojos aguados murmuró: "Pero... Pero sí... si yo me había puesto el jugo". El significado de la enigmática expresión: resulta que Wheeler había actuado bajo la convicción de que el jugo de limón esparcido en la cara lo hace invisible ante las cámaras. Con la piel quemada y las gotas de cítrico escurriéndose sobre los ojos, confesó que no se había metido en todo el asunto a ciegas. Ni que fuera un idiota. Había puesto a prueba su solución de invisibilidad con una Polaroid instantánea: jugo en el rostro y "snap", desaparecido como Javier en "Dónde está Javier". Con una carcajada prosiguió: iba a dejar a todos viendo un video en el que una pistola flotaba en el aire y un maletín lleno de billetes gravitaba hacia la puerta y desaparecía: "¡Ahí nos vemos, soquetes!". *Allegro ma non troppo*, reza el título de Cipolla. Lo que sucedió fue que en un intento por autofotografiarse Wheeler obtuvo la cámara cuando ya había salido de la escena, y de allí supuso que se había vuelto invisible.

Wheeler no solo era demasiado estúpido como para robar un banco, lo era también como para saber que era incompetente para robar un banco: la estupidez repercute a un metanivel; se es tan estúpido que se borran las pistas sobre qué tan estúpido se es. El problema es socrático: si uno reconociera lo estúpido que es en una situación determinada, difícilmente actuaría estúpidamente. Es tan notorio ese vértigo encogedor de la estulticia, que el artículo de Dunning y Kruger dio para que se hablara del efecto "Dunning-Kruger", y para que los mencionados ganaran un premio Ig Nobel en psicología, una parodia americana de los Nobel de Berna inventada en Harvard. La existencia de este estudio, dicho sea de paso, no contradice en nada nuestro reclamo de haber dejado de hablar de la estupidez, pues los mencionados no usan una sola vez la palabreja y para referirse a aquello que se apropió de Arthur Wheeler hablan de "inhabilidad".



Tabla satírica de un tríptico flamenco. 1520.

Pero apenas hemos rasguñado la superficie.

Las causas de la estupidez no solo son pedagógicas, sociológicas o culturales. Me parece que Darwin hubiera tenido mucho que decir sobre la estulticia. Evolucionamos para alejarnos del error, del impropio, de la sandez. Las siluetas aquellas que parecen comenzar con un gibón y pasan por un chimpancé, y en las cuales se detalla la evolución humana por medio de sombras antropomorfas cada vez más erguidas, llevan implícita la superación no solo de la animalidad, sino también de la imbecilidad que suponemos erróneamente lleva emparejada.

Lo que ignoramos es que el último de esos eslabones no es un ápice menos estúpido que el primero, y que la evolución no ofrece ningún tipo de salvaguarda contra la estulticia. De hecho, en cierta forma la perpetúa.

La mejor explicación de nuestra estupidez debe pasar por Darwin. Recordemos la secuencia que implica un cambio evolutivo: unos organismos mutan, lo que significa que nacen con rasgos distintos a los de los demás. La mayoría de ellos no hacen más que estorbar, pero de vez en cuando, muy de vez en cuando, esas extrañezas ayudan a sobrevivir. La primera jirafa que tuvo el cuello largo comió de las ramas que sus semejantes no alcanzaban: más comida, mayor descendencia..., más jirafas con el cuello largo; he ahí un rasgo que se generaliza en una población. No hay en ello una escogencia especial o una mano que guíe el proceso. Considérese de la misma manera que algunos individuos no cambiaron; conservaron el cuello corto y eso no necesariamente los mató. ¿Acaso cómo sobrevivían antes? Durante una buena parte del tiempo incluso pudieron procrear con sus primas "más evolucionadas". Producían, eso sí, al decir de los naturalistas, "individuos inviables", sin ventajas especiales, con mecanismos a medias (un cuello extenso pero no suficientemente largo), expuestos al error y al mismo tiempo a los inconvenientes de los nuevos mecanismos.

mos los individuos inviables que resultaron de la fatídica combinación.

Del conflicto de los sistemas primitivos con los mecanismos racionales nace todo el complejo mundo estéril y pánfilo que nos rodea. Exáminese lo que hace el cerebro al reconocer rostros; dado su pasado evolutivo, está programado para que cualquier figura simétrica con un círculo a cada lado sea interpretado como una cara. En algunos peces aún funciona el truco: basta presentarles una tabla con dos discos simétricos para que huyan. Se trata de un mecanismo automático y primitivo; el cerebro hace ese reconocimiento sin cálculo racional. Y menos mal es así. Ese mecanismo fue de gran utilidad hace cuarenta mil años, pero el mundo en el que vivimos, rebosante de imágenes visuales, hace que muy fácilmente la acción se desplace hacia el absurdo y el vacío. En años recientes un número escandalosamente grande de católicos americanos percibieron el rostro de la Madre Teresa de Calcuta en rollos de canela vendidos en una panadería en Tennessee. Latinos en Houston terminaron de rodillas rezándole, durante un verano ardiente, a un helado seco en el pavimento: vieron en él a la Virgen de Guadalupe. En Colombia, cuántos buñuelos, humedades y manchas no han terminado idolatradas. No solo pasa con asustados niños que suponen dos ojos que los miran durante el sueño; el problema del monstruo en el armario al parecer nunca se va del todo. A veces se presenta incluso bajo el sol ardiente en forma de una cremosa imagen que genera adoración.

Como criaturas mixtas combinamos esos primitivos módulos de acción con complejos cursos de acción racionales. El naturalista Konrad Lorenz afirmaba que en ese carácter doble residía nuestro potencial para la estupidez. La racionalidad nos enseñó a armar bombas atómicas; nuestros módulos primitivos y estultos no vacilarán en encenderlas.

Tal vez no haya que sucumbir al dramatismo de la profecía, pero es cierto que cuando la vida se hace más enredada y variada el efecto de la estupidez se va magnificando. Las nuevas condiciones del progreso hacen que algunos rasgos del estulto pasen de extraños o molestos a mortíferos. Antes de que existieran luces artificiales, la polilla volaba dirigiendo su vuelo hacia la única luz posible: la de la luna. Con las fogatas encendidas, vuela en una espiral loca para clavarse directo en las llamas. Suponga al amado cavernícola no con un mazo en la mano sino al volante de un bus urbano. Por eso la estupidez es al progreso lo que la apéndice al intestino, ese remanente de nuestro pasado como herbívoros que la naturaleza no se molestó en eliminar y que ocasionalmente con las nuevas y ricas comidas se obstruye, y que de vez en cuando causa un mal incurable que todos conocemos como la muerte. ☹



La bandera de la madre loca. Siglos XV o XVI.



Bocas de ceniza por CAMILO JIMÉNEZ

Instrucciones para morir



En este pequeño gran libro Christopher Hitchens relata su paso del país de los sanos al país de la enfermedad. Es una metáfora que recorre los ocho capítulos, publicados originalmente por entregas más cortas en la revista Vanity Fair. Sabiendo que va a morir de cáncer en el esófago, decide caminar hacia la muerte con lo mejor que tiene, que es su inteligencia. En estas páginas hay humor y tristeza, rabia y alegría, compasión, dolor y resignación. Hitchens es un guía que nos va mostrando lo que pasa por la cabeza y por el corazón de un hombre inteligente ante el Gran Momento. Por eso es un libro inestimable, porque nos dice cómo se muere.

El nuevo país es bastante acogedor a su manera. Todo el mundo sonríe para darte ánimos y parece que no hay absolutamente nada de racismo. Prevalce un espíritu en general igualitario y es obvio que quienes dirigen el lugar han llegado hasta allí a base de mérito y trabajo duro. Frente a eso, el humor es algo flojo y repetitivo, parece que casi no se habla de sexo y la comida es peor que la de cualquier destino que haya visitado nunca. El país tiene un idioma propio —una *lingua franca* que consigue ser insulsa y difícil y contiene nombres como ondansetrón, un medicamento

contra las náuseas—, así como algunos gestos perturbadores a los que hay que acostumbrarse. Por ejemplo, un funcionario que acabas de conocer puede hundir abruptamente sus dedos en tu cuello. Así descubrí que el cáncer se había extendido a mis nódulos linfáticos, y que una de esas bellezas deformes —situada en mi clavícula derecha— era lo bastante grande como para verla y tocarla. No es del todo bueno que tu cáncer resulte “palpable” desde el exterior.

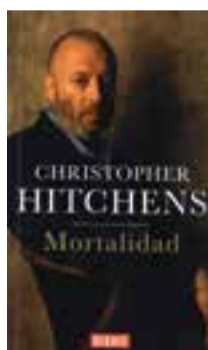
No me veo golpeándome la frente conmocionado ni me oigo gimotear sobre lo injusto que es todo: he retado a la Parca a que alargue libremente su gaudaño hacia mí y ahora he succumbido a algo tan previsible y banal que me resulta incluso aburrido.

A la pregunta estúpida de “¿Por qué yo?” el cosmos apenas se molesta en responder “¿Por qué no?”.

La negociación oncológica es que, a cambio de al menos la oportunidad de unos cuantos años útiles más, aceptas someterte a la quimioterapia y luego, si tienes suerte con eso, a la radiación e incluso la cirugía. Así que ahí va la apuesta: te quedas por aquí un tiempo, pero a cambio vamos a necesitar unas cosas tuyas. Esas cosas pueden incluir

tus papilas gustativas, tu capacidad de concentración, tu capacidad de digerir y el pelo de tu cabeza.

El asunto de tratar con la muerte y preservar la vida también me ha vuelto extrañamente asexual. Estaba bastante hecho a la idea de perder el pelo, que empezó a caerse en la ducha a las dos semanas de iniciado el tratamiento, y que guardé en una bolsa de plástico para que ayudase a llenar una presa flotante en el golfo de México. Pero no estaba preparado para el modo en que la cuchilla de afeitar se deslizaría de repente sin sentido por mi cara, incapaz de encontrar un rastro. O para el modo en que mi recientemente suave labio superior empezara a tener el aspecto de haber pasado por la electrólisis, haciendo que me pareciera a la tía soltera de alguien. (El pelo en el pecho que fue la alegría de dos continentes todavía no se ha marchitado, pero ha habido que afeitar tantas partes para efectuar incisiones hospitalarias que se ha convertido en algo bastante irregular.) Me siento perturbadoramente desnaturalizado. Si Penélope Cruz fuera una de mis enfermeras, ni siquiera me daría cuenta. En la guerra contra Tánatos, si hemos de llamarla guerra, la pérdida inmediata de Eros es un enorme sacrificio inicial.



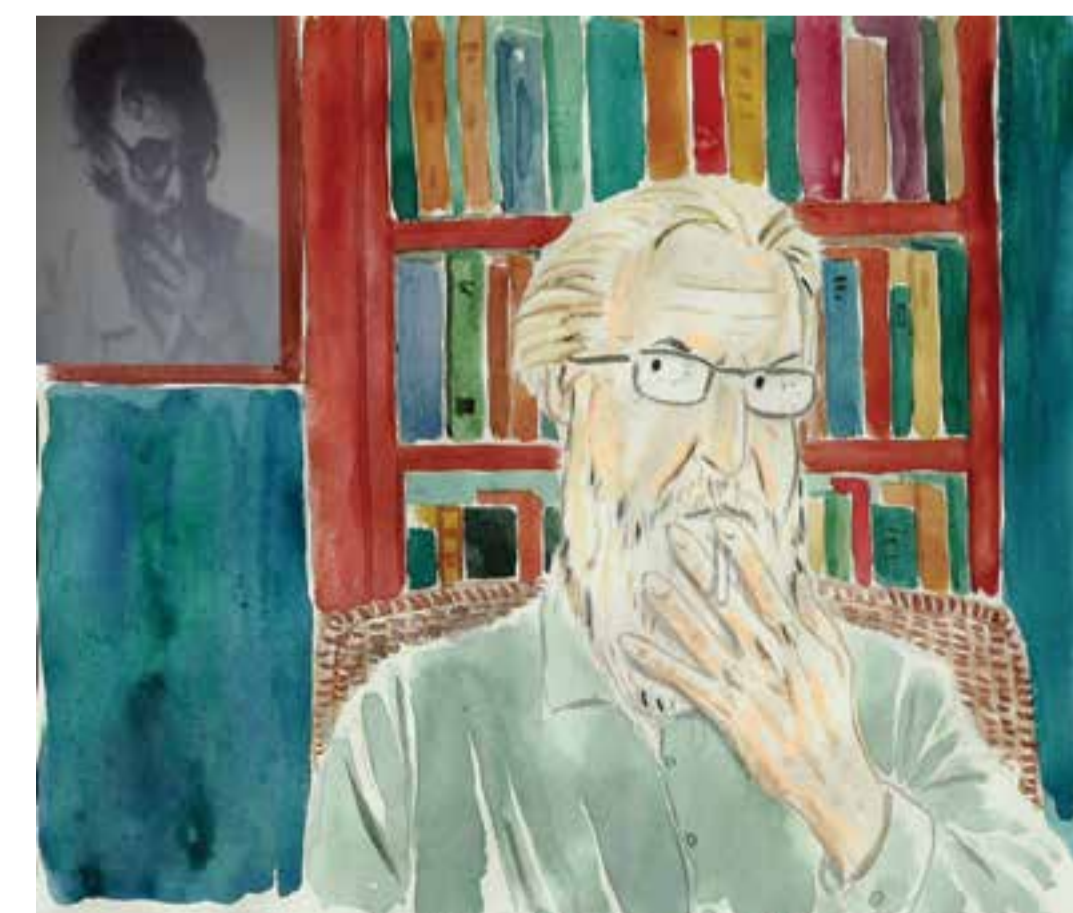
Christopher Hitchens, *Mortalidad*, Barcelona, Debate, 2012. Traducción de Daniel Gascón.

A partir de este número 42 de UC, tendremos durante un tiempo una nueva sección, nacida de la imaginación de Menina, cuyos obituarios anticipados son una singular interpretación de la vieja invocación: en vida, hermano, en vida.

R.I.P. Elkin Obregón

por MENINA

Ilustración: x10



Aquí yace por fin Elkin Obregón, después de tantos años de dar lora. Su vida fue muy absurda, y creyó haber aprendido a fingir sosiego. Pero aprendió mal, y muy pocos se lo creyeron.

Hizo unas pocas caricaturas buenas, otras muy mediocres, o malas sin remedio, y jamás pudo con el autorretrato. Y así en todo, qué le vamos a hacer. Escribió para él (en vida, por supuesto), dos epitafios. Uno dice: “Su vida se quedó en obra negra”. El otro se le olvidó, aunque era un poco mejor.

Se suicidó varias veces, pero murió de almorranas mal tratadas. No odió a nadie, creo, pero algunas personas le cayeron gordas. ¿A quién no? Fumó mucho, bebió mucho. Amó mucho (con un amor del todo incomprensible y solitario) los bambucos y pasillos viejos, flores que de una vez nacieron mustias.

Hubo en su velorio una docena de plañideras. No me parece bastante para llorar a un hombre tan grande que no cabía en su propio esqueleto. La osamenta lo superaba, y no soy la única persona que puede dar fe de eso: muchos vimos sus caídas, una tras otra, y nos sorprendimos porque jamás se le rompió un hueso.

En fin, una vida más. No se pudre en el Infierno. Está en el lugar que siempre fue suyo: el Limbo.

Dos paladitas de tierra y salud, maestro. ☹



Aguiluchos Presenta **Juego DE ALCOBA** con **CARLOS ARANGO / VICKY SALAZAR**

A partir de febrero 28 Jueves a sábado 8:00 p. m.

Dramaturgia y dirección: Carlos Mario Aguirre - Cristina Toro

TEATRO PRIVADO EL AGUILA DESCALZA

INFORMES 284 4211

www.aguiluchos.com

944-6300

Ciclo **DARWIN**



LAMARCK Y DARWIN

Y las dos grandes ideas de la Biología moderna

Conversación del ciclo asociado a "Darwin, la exhibición", exposición del Museo de Historia Natural de Nueva York en el Parque Explora



Jueves 28 de febrero 2013
6:30 pm
Parque Explora

Invitado:

EUGENIO ANDRADE

Químico, magister en genética molecular, escritor y profesor del Departamento de Biología de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá

Entrada libre / Cupo limitado

En asocio con:



Patrocina:



Aliados:

